

PRIMER PERIODO (1881-1930)

COLEGIO

El Colegio no son las paredes que, a veces, aprisionan cual muros de prisión; no son esas paredes de piedra y ladrillo, que hemos visto surgir de la nada. El Colegio es el vínculo que une cosas tan diferentes como Capilla y Salón de actos, recreo y estudio. Es la comunión de trabajo y diversión, que forjan, colegial, la formación de tu espíritu. Por eso, el Colegio es para cada colegial la proyección de su «yo», vivida entre esas paredes austeras de ladrillo y piedra. Por eso, se le mira con disgusto, y también con cariño. En él hay jirones de tu personalidad; tú le comunicas vida, alegría, espíritu... Quizás, también te habla de días pasados. Tú no eras, pero tu abuelo, tu padre, sí... No es extraño amar al Colegio, en el que se ha llorado, reído..., en el que has aprendido a ser hombre. El joven está en el período en que la vida se encarrila. El joven es hombre en flor...

La vida del Colegio de San José de Valladolid ha sido larga. Hemos de facilitar su remembranza y, por eso, dividiremos nuestro relato en tres períodos. Primero, desde su fundación hasta 1931. El segundo período reseña la vida de destierro en Curia. El tercero, será un relato sucinto y breve del retorno al hogar y la vida en éste hasta 1956, en el que se publica este esquemático bosquejo.

El internado

1883-1884. Se inaugura el nuevo edificio y el internado. A partir de este curso empezó una vida nueva, vida reglamentaria de filas y recreos, de clases y estudios, de comedor y capilla... El Colegio tan distinto del de ahora en los detalles, era igual en la esencia. El edificio no estaba terminado faltaba el cuerpo de fachada y ultimar el patio interior. Las camarillas disponibles se llenan. Dos exámenes en el Instituto los años anteriores se vieron coronados con la rúbrica del triunfo. El éxito fue el mejor pregonero del Colegio que se abría. En el curso que comenzaba, eran 30 los alumnos internos y 40 los externos. La entrada se abrió, provisionalmente, en la calle de la Merced. La portería era la actual dispensa. La capilla estaba cabe la escalera principal. El P. Guillén se marcha. El P. Serapio Mendía es nuevo Prefecto. El Superior es el P. Eduardo Gallo. El Colegio iba tomando forma. Había

internos, mediopensionistas y externos vigilados y libres; éstos eran gratuitos y sólo asistían a las clases. El Superior del Colegio deja de serlo para convertirse en Rector. La nueva organización está formada. El espíritu corporativo se trasluce al exterior.

19 de Marzo de 1884. Una gran novedad en el Colegio. Todos los alumnos, excepto los libres, visten de uniforme. Guerrera negra, cerrada, con cuello vuelto adornado de ramos bordados en oro, una fila de botones dorados con las iniciales del Colegio, faja verde con borlas, pantalón negro con franja dorada, gorra de visera de charol y gabán parecido al de los marineros. El uniforme gustó a los colegiales y a la población, que les miraba con cariño, cuando en correcta formación de ternas salían de paseo. Así eran los paseos de antaño. La disciplina era rígida. Y la disciplina se mantiene intacta o se pierde entera; es como el honor.

Pronto el uniforme decayó. No había uniformidad, adulterado por las genialidades de cada confeccionador. En un principio tenía la exclusiva Antonio Suero, afamado sastre vallisoletano. Las familias se quejaban. El uniforme era caro y los niños desaliñados estaban en época de desarrollo. El uniforme fue sustituido pocos años después, por otro más sencillo. Traje azul de americana con chaleco y corbata blanca y gorra marroquí. Pronto en el Colegio, hacia 1918, pasaron los uniformes a la historia. Últimamente, en 1953, se volvió al uso del uniforme. Traje azul, corbata negra y el escudo del Colegio sobre la solapa. Estilización progresiva.

Otra novedad del primer curso de internado fue la fundación de la Congregación Mariana, que no puede faltar en ningún colegio jesuítico.

El primer Rector

El curso de 1884-85 se inaugura, con 140 alumnos, el 24 de Septiembre. El cólera, que asolaba algunas provincias españolas, retrasó la apertura del curso. En el Colegio no hubo ningún caso de peste. Dios bendecía la obra de Doña Justa López. En patios y recreos se palpaba plétora de vida y juventud. La vida de estudio se intensificaba en ansias de saber a medida que los cursos avanzan. Se huye el aluvión de alumnos. Los profesores no pensaban en formar multitudes sino unidades, que fuesen hitos señeros para los alumnos del futuro. Se buscaba no el dinero sino la formación científica y moral de los

alumnos.

En estas circunstancias es nombrado primer Rector del Colegio el P. Matías Abad. Nació para mandar. Por su fidelidad, celo y entereza, fue modelo de superiores. Fue Rector del Colegio de Valladolid, Rector del Colegio Máximo de Oña, Socio y Provincial de Castilla, Asistente de España... Bungalés, fue íntimo amigo del P. Luis Martín, General de la Compañía de Jesús, y de D. Andrés Manjón. Fue hombre de gran talento, aunque no brillante. Hombre de gran entereza, de natural grave, mezclado con sencillez y benevolencia. No fue hombre de empresas exteriores; su manera de vivir, noble y grande, consistía en sacrificarse por los demás. Su sencillez era la verdad, no conocía la neutralidad. Era austero. Tal fue el primer Rector del Colegio de Valladolid.

En la inauguración del curso 1884-1885 no estaban presentes colegiales solamente. Una sección independiente de bachilleres, que se preparaban para carreras especiales (Derecho e Ingenieros), entonaron el «Veni Creator» al unísono de las voces atipladas de los colegiales. No eran caras desconocidas. Habían convivido en los recreos, durante el mes de Mayo, cuando vinieron a examinarse en la Universidad de Valladolid. Eran la semilla de la futura Universidad de Deusto. Permanecieron dos cursos en el Colegio. Se les llamó los «bachilleres».

La idea de Comillas, por vez primera, germinó en un corazón humilde, en el P. Tomás Gómez, S. J. Su primer ensayo lo realizó al amparo de los bachilleres del Colegio de La Guardia (Pontevedra). Aquí tuvo el P. Gómez otro proyecto que desembocó en realidad. En La Guardia realizó el primer ensayo de lo que hoy es el centro de estudios superiores de Deusto. Enseguida hubo bienhechores, que comprendiendo la importancia de la Institución, pusieron a disposición del R. P. Provincial recursos económicos para su fundación. Así nació Deusto. Los padres de familia, por razones fáciles de entender, pidieron al Padre Provincial trasladase a los bachilleres de La Guardia a Valladolid, mientras se terminaban las obras de Deusto. Así se hizo.

El P. Guillén volvió de nuevo al Colegio de San José. Fue el primer Prefecto del Colegio y fue también el Prefecto fundador de la futura Universidad. Al curso siguiente, pasó a ser Prefecto del Colegio. Algunos profesores de los bachilleres lo fueron, a la vez, de

los colegiales. Entre los bachilleres había un portorriqueño, Juan Padilla, estudiante de leyes, gran dibujante y poeta. Simpatizó con los colegiales y fue su profesor de dibujo, hasta que, terminada su carrera, volvió a su patria. Los bachilleres organizaron una charanga. El ensayo tuvo éxito y, después de su marcha, la continuaron los colegiales. Los bachilleres, dicen las crónicas de la época, se distinguieron en la Universidad por sus exámenes brillantes, en el Colegio, por su piedad... Sin embargo, la diversidad de elementos que integraban la vida del Colegio, era un peligro para la indivisibilidad de la disciplina. El mantenerla intacta fue la característica principal del P. Rector, hombre austero.

Detrás del mejor Rembrandt se encuentra polvo. Y eso pasó en el Colegio durante estos años. Sonó la campana. Los estudios se interrumpen. En el Salón de Actos están los profesores con sus manteos puestos y un rictus de seriedad en sus rostros. Los colegiales y bachilleres están impresionados. La expectación pende de sus miradas. El silencio es de estrella opaca. Entran el P. Rector y el P. Prefecto, que lleva en la mano unos papeles. El P. Rector hace unas consideraciones sobre la disciplina, su importancia y necesidad... ¿Cuál será el colofón? «Las faltas graves contra la disciplina son incompatibles con la buena marcha del Colegio; por tanto, los Sres... (se oyen dos nombres), son expulsados del Colegio». Un escalofrío estremeció a todos. La impresión fue tremenda. El lenguaje es un álgebra deficiente para expresarla. El remedio fue eficaz.

Había vuelto el P. Guillén y su destino fue sembrar alegría. Trajo fusiles de madera para completar la instrucción militar. La idea tuvo gran aceptación.

Este curso introdujo una gran novedad en la vida del Colegio; los internos se quedaban en él durante las vacaciones de Navidad. Y entonces comenzaron las representaciones artísticas. En el salón de actos no cabía el público vallisoletano. Alma de aquellas fiestas fue el alegre y gran humorista P. Félix Ibero. Entre los músicos y cantores sobresalían los hermanos Jaime y José León Samaniego.

LA CAPILLA

La Capilla es el secreto de la buena marcha del Colegio. Elevada al cielo por dos altares laterales, dedicados al Sagrado Corazón de Jesús y a San José,

y por el altar mayor, presidido por una Inmaculada.

Durante el curso 1885-86, se inauguró la Capilla. El diseño del decorado suntuoso y del altar son obra del arquitecto Francisco Rabal. El curso anterior la Capilla había estado en el salón de actos. La Capilla es devota y elegante, a pesar del gusto recargado y afectado de la ornamentación sin grandes calidades artísticas. El altar, de sabor barroco, está construido por la casa Mayer de Munich. La ejecución de las cuatro vidrieras, con temas de la vida oculta del Señor, es debida a la misma casa. Otro tanto diremos de la estatua de la Inmaculada, regalo de la Condesa de Arenaza. Lo mismo que cuatro arañas que adornan el presbiterio. Obra del escultor Font es el Niño Jesús del templete central del altar. La mano izquierda del Niño Jesús descansa sobre su pecho, cabe su corazón ardiente, mientras levanta su derecha en actitud de bendecir. Sus ojuelos, en los que ríe la vida y el amor, cautivan la atención. El Niño Jesús era uno de los amores de los colegiales. Le cambiaban cada mes el vestido. Era una novedad en la Capilla. El Hno. Gurruchaga, buen electricista, sabía iluminar al Niño. El decorado del techo y las paredes son obra del escenógrafo madrileño Muriel. En el centro del techo se destaca la apoteosis de San José. Todo el techo, antes de la disolución de la Compañía en España, estaba recubierto de zinc para preservar las pinturas de la humedad. El Sagrado Corazón que preside el altar del lado del Evangelio, fue donado por los Sres. Semprúm y es obra del escultor Font. Las balaustradas de bronce del presbiterio y coro proceden de las fundiciones francesas de Buglouse. La gran custodia, cuajada de diamantes y esmeraldas fue un regalo de la Condesa de Fuentes. El artista vallisoletano, Tordera, realizó el púlpito de la Capilla, cuya estructura y ornamentación sincronizan con el altar. En la sacristía se guarda el grupo escultórico del Calvario. La Virgen y San Juan de tamaño natural. Proceden de Olot. Son regalo de D. Tomás Fernández Canales y su esposa Doña Justa Maza. 'El Hno. Urbina, S. J., también contribuyó al decorado de la Capilla. Obra de sus pinceles son cuatro lienzos que decoran entropaños del lado de la Epístola. Representan los Desposorios de la Virgen, la Anunciación, la Huída a Egipto y la Sagrada Familia.

El ser la Capilla tan conocida me exime de minucias detallísticas.

La Capilla es el centro psicológico y espiritual de la vida y de la actividad del Colegio de San José. Aquí

se forjan los hombres cristianos. Art ha dicho que «el hombre es el que sabe orar, el que sabe creer, el que sabe amar, el que sabe morir por Dios y por la Patria». ¿Dónde se aprende esto mejor que en la Capilla? El Colegio debe forjar intelectuales, ya lo veremos más adelante; pero necesitamos sobre todo hombres y una cosa que no hay que olvidar nunca, y los jesuitas lo saben, es que la actividad religiosa forma parte de las actividades fundamentales del hombre. Por eso, la religión no puede ser dejada al margen de la vida. Lo incluye todo.

El jesuita sabe que la educación religiosa es un deber que el educador contrae, ante la Iglesia, ante la familia y, máxime, ante el educando, que como persona humana tiene un fin que trasciende la especie, y está orientado inmediatamente a Dios. Por el educando circula una vida sobrenatural, recibida en el día del bautismo, que exige una ayuda para su desarrollo. De ahí, que la piedad se cultive en el Colegio de San José como planta de invernadero. Los colegiales asisten a Misa, rezan el Rosario al morir la tarde... El dogma y la moral son fijos. En el orden práctico, se usan medios eficaces: sacramentos, oración... La formación moral está asegurada.

En España, la formación dada en el bachillerato, está matizada con ciertos residuos de espíritu liberal y ausencia de la responsabilidad propia frente a Dios. El educador jesuita de 1886, y el de hoy día más, se han dado cuenta de ello y se esfuerzan en la formación integral del hombre, intelectual, moral y religiosamente-te. El colegial aprende a ser religioso no sólo en los días de fiesta, en los momentos vibrantes de emoción religiosa, sino siempre, aun en las horas de angustia.

El centro nuclear de esta actividad religiosa es la Capilla. Por eso, un día de 1954, limpia, pura, cual mística Eva del costado de Adán, salía de la Capilla una sucursal. El Colegio de San José tiene otra Capillita, pequeña, discreta, a dos pasos de los patios..., es un anhelo de totalizarse, donde los colegiales aprenden el coraje de contemplarse sin disgusto, a pesar de sus flaquezas. Sobre ellos sienten los ojos de la Inmaculada que les mira con esa cara con que la madre gusta hablar a sus hijos.

En la Capilla hay un oasis. No me refiero al Sagrario. En el Colegio, la casa de Dios es también casa de María. Es la Virgen esbelta, como una hermosa espiga, manos blancas y alargadas, unidas en

oración por los colegiales. Colocada encima y un poco detrás del templete del altar, semeja estar envuelta en polvo de estrellas y señalar a cada colegial, cuando el silencio pleno del aliento de todo, habla en la Capilla, la trayectoria del crucero de su vida hacia Dios. Tranquila y sin prisa para estar siempre con el colegial, la Virgen espera. Cuando viniste al Colegio, colegial, después de aquella primera tarde de 1886, en que se colocó por vez primera la imagen, ya estaba Ella. Es la madre que está en las cosas de sus hijos antes que ellos. Con frecuencia, he visto a colegiales y antiguos alumnos ante la Virgen del Colegio,

«Como un niño tiende sus bracitos desnudos a las cosas, quiere hablar, no sabe y llora... (G. Diego.)

La Virgen de la Capilla ha intensificado cada vez más su mirada; la brisa de su gracia ha soplado con mayor fuerza, la presión Mariana ha subido con ritmo de orbes infinitos... Todo era intuición de un mundo que había de venir y descansaba en la Virgen del Colegio. En 1954, Año Mariano, la eclosión anunció maternidad. La Virgen del Colegio preside una nueva Capilla. Y también, lejos del Colegio, su Virgencita preside alta-res. Sólo un ejemplo. El altar de la Capilla privada del Obispo de Málaga, Excmo. Sr. D. Angel Herrera Oria. ¡Cuántas veces los alumnos al marchar del Colegio exclamaron: «Si pudiera la Virgen venir conmigo...! ¡Su figura delicada, su mirada pura y recogida, su dulzura angelical, me consolarían en los horrores de la vida que a todos muerden el corazón!»! La Virgen ha oído las súplicas. Desde 1949 existe una reproducción escultórica, cable admirable, que despierta en muchos corazones los pensamientos consoladores de su infancia. Es que la Virgen reparte en todas partes alegría, luz, suavidad, como las flores su aroma.

Hasta 1885 la novena del Niño Jesús se celebraba con gran esplendor en la iglesia de San Juan. Los típles del Colegio atraían mucho público. Pero este año, la novena es en la nueva Capilla. La Escolanía del Colegio se ve reforzada por las voces varoniles de los bachilleres. La novena del Niño era espléndida. El P. Serapio Mendía la predicó durante su Rectorado. El éxito pleno se consiguió cuando el gran orador, P. Gonzalo Coloma SJ, ocupó la cátedra sagrada. El auditorio llenaba la Capilla y salón de actos. Concluida la novena del Niño Jesús se pasaba al salón de actos. Allí se representaban las comedias. Esas clásicas comedias navideñas, que hacían olvidar a los internos, la ausencia del hogar.

GABINETES Y MUSEOS

El curso de 1886-87 es el último del Rectorado del P. Abad. Es el sexto año de la vida del Colegio. Los de Deusto se fueron. El bachillerato está completo. Veintiún alumnos constituyeron la primera hornada. Diez eran internos y once externos. El esfuerzo del Colegio se vio coronado con el aplauso. En los exámenes oficiales el resultado fue brillante. El pabellón del Colegio quedaba alto. Y como contera a todo una quintilla flotaba en el aire

*«Diez mil horas de escribir,
veinte mil de padecer,
todo se puede sufrir
con tal que pueda decir
en Junio: soy bachiller.»*

El bachillerato completo está, pues, instalado en el Colegio. El P. Valderrábano funda las tres clases que faltaban para completar la segunda enseñanza. Eran las de Historia Natural, Fisiología y Agricultura. El edificio está también terminado. La portería se instala en la entrada principal. Cabe ella, la sala de visitas.

Cuando los bachilleres de Deusto abandonaron el Colegio, dejaron libre el local, que fue su sala de recreo. Era la actual sala de estudio de tercero, en el patio de las columnas.

En un principio se exhibió, en dicha sala, todo el material escolar. Aumentó el material y hubo que desdoblarlo en varias secciones, con locales separados. Las secciones eran: museo de Historia Natural, gabinete microbiológico, laboratorio de Química, museo de Física general, instalaciones eléctricas, museo de Historia y Arte, en comunicación, este último, con la clase de Historia, de la cual era complemento. Finalmente, en la clase de sexto, estaba el museo de Agricultura. ¡Todo un señor material escolar! Así permaneció hasta 1931. Entonces desaparecieron muchas cosas. Múltiples fueron las causas. El daño sufrido durante la disolución de la Compañía en España, no ha sido reparado y no sabemos cuándo podrá serlo.

El P. Valderrábano fue el fundador de los Gabinetes de Historia Natural, Fisiología y Agricultura. En ellos trabajó durante treinta años; años de labor amable y fecunda, porque trabajó con entusiasmo. El gabinete de Historia Natural estaba sito en el actual estudio de tercero, en el ángulo meridional del patio de las columnas. En 1886 se colocó la

estantería de nogal y pino con bastidores de hierro. Después añadió, para mineralogía, una vitrina central y dos transversales. Este gabinete estaba subdividido en varias secciones: la de entomología, en la que predomina una variada colección de mariposas; la de malacología, con 10.000 ejemplares de conchas; la de peces y reptiles, en ella hay unas 200 especies diferentes. Una preciosa colección de biología marina, formada en Santander por el P. Valderrábano, sirve de complemento a la sección anterior. Tiene 236 frascos y es la más numerosa de España, exceptuada la de la Universidad Central. (Estos datos son anteriores a nuestra guerra del 36.)

A estas secciones, es preciso añadir los 22 álbumes de Botánica con 1.500 especies; los 200 fragmentos de roca, 800 fósiles y 1.000 fragmentos de madera de todos los países del mundo. Para la enseñanza de Historia Natural hay cuadros, dos colecciones de formas cristalográficas y una tercera de maclas, cuadros murales de zoología de la casa Pichlers y de Deyrolle, aparatos elásticos para el estudio de la anatomía humana. Después de 1936, por causa de los deterioros y pérdidas ya aludidas, apenas ha podido ser usado este material para las clases del Colegio.

Laboratorio biológico y micrográfico.

Fundado en 1905. Cuenta con numerosos microscopios de la casa Zeiss de Jena, con una colección de seis objetivos apocromáticos y seis oculares compensadores y de proyección de Richert de Viena, con algunos semiapocromáticos. Este laboratorio está pro-visto de material de ultramicroscopia. Como el gabinete de Historia Natural, quedó destrozado durante los azares de la disolución de la Compañía. Muchos aparatos fueron, simplemente, robados.

El laboratorio de Química estaba en la clase. Antes de 1936 apenas si existía. Después del retorno al hogar empezó a funcionar. Constaba de una mesa de trabajo con tres fuentes, cinco mecheros de gas, varias tomas eléctricas, y vitrina para gases deletéreos. La instalación era obra de la República. Este laboratorio, bajo la dirección del P. Poggio, entra en una etapa de modernización (1937-1947). La naturaleza del material químico permite una rápida rehabilitación. Sin embargo, no ha igualado las glorias de las otras instalaciones.

Igual que el gabinete de física y las instalaciones eléctricas, cuya alma fue el P. Lomana, el laboratorio de química se instaló a la vuelta de Curía, en 1936, en el actual dormitorio de los Preparatorias, junto a la enfermería. Allí un poco alejadas de las clases, cierta-mente, han estado hasta 1952, en que se construyeron los actuales dormitorios.

Instalaciones eléctricas

El Colegio posee un gabinete y un laboratorio para los estudios de Física. El gabinete tiene todos los aparatos ordinarios de demostración correspondiente a los diferentes tratados de Física. El laboratorio está dotado de modernos aparatos de electricidad y algunos de óptica adaptados a la proyección. Los aparatos no están en vitrinas, sino sobre plataformas, dispuestos para el trabajo y experimento.

La energía eléctrica es la base de estas instalaciones electroestáticas, electro-químicas, electro-ópticas, electro-mecánicas, electro-dinámicas y electro-térmicas.

Estas instalaciones son las que más sufrieron durante el exilio del Colegio. Los datos que hemos dado, como puede suponerse, son anteriores a 1931. Con las peripecias de la dispersión, parte de este riquísimo material ha desaparecido o se ha estropeado. Muchas cosas fueron salvadas por el P. Lomana; pero otras muchas, jamás serán recuperadas. ¡Si la pluma pudiese hablar...! Por el momento, las dificultades derivadas de la guerra española y mundial no han permitido su restauración efectiva.

Museo de arte e historia.

El nombre entraña su contenido: antigüedades y material de enseñanza histórico-artística. Quizá corresponda al Colegio de San José la gloria de haber iniciado esta clase de museo, en colegios de segunda enseñanza, para fines de erudición y formación artística. Se inauguró en el curso 1901. Su creador fue el P. Francisco Javier Apalategui, conocido por su «Atlas gráfico para el estudio de la Historia», fruto de su largo y entusiasta profesorado.

En este incipiente museo, crisálida si se quiere, había secciones de numismática, arqueología, diapositivas de temas históricos, modelos arquitectónicos, en escayola o en madera, para la explicación de los diversos estilos, legados de centurias pretéritas. Era el «museillo», como se le llamaba, a través del cual los colegiales, de manera intuitiva y como por ósmosis, bebían la herencia cultural de generaciones pasadas. Pero las crisálidas nunca devinieron mariposas. Hoy apenas queda nada de aquel conjunto maravilloso.

¿Cuál era la finalidad de estos laboratorios, gabinetes, etc.? Uno de los instintos más universales en el niño es la curiosidad de los sentidos. La psicología más comprensiva ha guiado la concepción y la aplicación de la pedagogía jesuítica. No olvidemos que el P. Abad, en cuyo Rectorado se sembró la semilla de los futuros laboratorios, era filósofo y sabía que «no hay nada en la inteligencia que no entre por los sentidos». Este interés despierta en los niños la atención. Admirarse es comenzar a entender, porque la admiración ilumina, vivifica y fecunda como el sol. Este interés del niño por el experimento, por lo intuitivo, no es algo ficticio, sino algo intrínseco a su naturaleza en desarrollo. El esfuerzo y el interés están en íntimo comercio. Ese interés, que arrastra al niño hacia lo tangible, estimula las fuerzas ocultas que conducen al niño a un equilibrio de sus facultades. Los PP. Valderrábano, Eleuterio Martínez, Lomana y Apalategui..., confiaban en la capacidad de los muchachos. Sus experimentos, su método intuitivo, eran un anhelo de hacer ostensible y asimilable cada una de las asignaturas. Y siempre tenían éxito. La razón de sus triunfos era el hondo interés que tenían por hacer palpables las ideas, las fórmulas...

Es cierto que la filosofía, las matemáticas, la literatura..., no son más que lazarillos de la insuficiencia humana; si les falta la ciencia sobrenatural. Pero los datos alegados, creo que prueban suficientemente, el interés que los religiosos ponían en la formación intelectual de sus alumnos. Después aduciremos más pruebas.

PERFECCIONAMIENTO

El Rectorado del P. Abad había sido pródigo en acontecimientos e iniciativas. En 1887 comienza el Rectorado del P. Urráburu, profundo filósofo y

hombre lleno de bondad. Acababa de dejar la Universidad Gregoriana, en cuyas aulas tantos éxitos acapararon. En el primer año del Rectorado del P. Urráburu terminaron su bachillerato siete colegiales, entre ellos hubo un jesuita, Ramón Dávila, futuro gran predicador y apóstol. Era la primera vocación del Colegio. Por estos años, empezó la afición de los colegiales a las carreras militares, afición que se prolongó bastante tiempo. ¿Sería un eco de los fusiles del P. Guillén?...

No podemos menos de consagrar un recuerdo a Manuel Remolar. Era el primer alumno cuyo nombre está escrito con letras de eternidad. El 16 de Septiembre moría piadosamente. De sus labios yertos quedó pendiente la sonrisa de un «gracias» para su madre, por haberle traído a educarse en el Colegio con los Padres jesuitas. Su alma palpó el tembleteo de la Divinidad. Murió bromeando «porque no temía el Purgatorio». Su alma inocente tenía un amigo en el cielo.

Es un día pleno de sol de Octubre de 1888. Vacación en el Colegio. Gran acontecimiento. La estatua de San José, Patrono del Colegio, es colocada en la fachada principal. La estatua esculpida en piedra, mide tres metros y es obra de la casa Mayer, pero de los talleres de Londres. A guisa de anécdota: cuando el Colegio fue incautado, en tiempo de la disolución de la Compañía en España, ciertos espíritus sectarios no podían soportar la imagen de San José coronando el edificio, que ahora había de ser laico. Quisieron quitarla. Imposible. Estaba hipotecada con el inmueble. Aumentaba, por ende, el valor del solar y no podía tocarse. Poco después de la inauguración oficial del Patrocinio del Santo Patriarca sobre su Colegio, se palpó su protección. El 15 de Abril de 1889 pudo comprarse el antiguo coro bajo de las religiosas. Era una cuña que penetraba desde la iglesia de San Juan hasta el centro del jardín de entrada. Era un estorbo. Afeaba el jardín. Cortaba dos tránsitos. Era propiedad de los Duques de Medinaceli, herederos de los Marqueses de Denia, fundadores del antiguo convento.

Las cartas anuas de este año, 1889, registran una elevada presión de espiritualidad del Colegio. En la fiesta de Todos los Santos se consagran los Colegiales al Sagrado Corazón de Jesús. El amor a la Virgen acrecienta sus quilates. Las notas de final de curso son consecuencia lógica de un estudio ardoroso. El P. Urráburu sonriente podía dejar su Rectorado.

El plan de cuantos influyeron en la construcción del Colegio, era tener todas las clases juntas en el piso bajo. Así fue al principio. Pero la ampliación de los museos científicos, rompió el antiguo proyecto. Además, en 1891 se clausuraba el Colegio de Carrión de los sondes. Los alumnos que no habían terminado en Carrión el bachillerato se trasladaron al Colegio de San José de Valladolid los castellanos, y los asturianos, al nuevo Colegio de Gijón, inaugurado el curso anterior. Este aumento tangible de alumnos fue el prefacio del Rectorado del P. Serapio Mendía. ¿El epílogo? La división en secciones de algunas clases demasiado numerosas.

Hacia 1907, en el Rectorado del P. Hilario Sánchez, se comenzaron las obras de un nuevo pabellón de tres pisos, terminadas durante el Rectorado del P. Irigoyen. El edificio, sito a un metro de la pared de la iglesia de San Juan y paralelo a ella, ocupaba lo que hoy es sala de recreo de los de sexto y Pre-universitario, cuartos de los PP. Inspectores y parte de la enfermería nueva. Se construyó para suplir la falta de clases. En el piso de abajo se instaló el gimnasio; en el principal, la música; en el tercer piso, la sala de dibujo con luz cenital y variada colección de yesos para dibujo artístico. Se llamó el pabellón de bellas artes. Fue la sala más vistosa de toda la casa.

En 1912 se ensancharon los patios del Colegio. Se compró a Víctor Izquierdo el próximo hotel, llamado Carrafa. Casi todo su amplio jardín se trocó en patio, otra parte, continuó siendo jardín. Así quedará el Colegio hasta 1947. Entonces se oirá de nuevo el golpear de la piqueta y el chirrido de las carretillas.

Las obras tomarán ritmo de hormigonera. El aire será denso por el polvo de cemento.

Reformas

Terminado el Colegio en su parte material y normalizada la enseñanza en sus cursos oficiales, no dejó, sin embargo, de atenderse a su mejora. En los años sucesivos se colocó el reloj oficial del Colegio, se mejoró el material de las clases, cuyo suelo se puso en gradería, según las exigencias de la pedagogía moderna. El primer patio se transformó en jardín. El P. Valderrábano y el H. Canduela cuidaban de él con esmero. Después del retorno del destierro será el P. Portillo quien mime las flores y

embellezca el jardín. Las escaleras se adornaron con frescos del H. Urbina. En el arranque de la escalera principal había una estatua de la Virgen y otra de San Ignacio, que después se cambió por otra de San Luis. El salón de actos se transformó en Paraninfo, decorado con pinturas y retratos de sabios y poetas. A manera de ribete del patio grande se construyeron frontones cubiertos para días de lluvia.

En 1895, ya hablaremos más largamente después, regalaron al Colegio la finca de la Ribera. Aquel donativo cambió los monótonos paseos de los jueves al campo de San Isidro. Se iba formados en ternas.

Todo el anhelo de los PP. era educar deleitando. El número de alumnos desde 1903 rebasó los 200. La disciplina tiende a suavizarse. La primavera pedagógica moderna rompe ya la cárcel de frío cristal. Desde 1907 las excursiones de fin de curso adquieren importancia. Se va turísticamente a alguna capital de donde se pudiera volver en el día: Burgos, Salamanca... La primera excursión fue a Segovia.

1909. Una ley nueva permite a los colegiales ir a sus casas o permanecer en el colegio durante las vacaciones de Navidad. Por vez primera, la imagen del Colegio en Navidades dice quietud, silencio, paz, pero también tristeza. Falta la alegre invasión de los colegiales. Hasta la Virgen se queda triste...

La Ribera

La Ribera. Los colegiales más antiguos no la conocieron. Los días de campo en la edad primera del Colegio, solían pasarse en las riberas que los ingleses poseían en la plaza de toros y junto al cementerio. Ambas fincas, ironía de la vida, pertenecieron a los jesuitas hasta los tiempos de Carlos III. La del cementerio, llamada de San Albano, pertenecía a la residencia de San Ignacio, Colegio de San Antonio más tarde, cuya iglesia es la Parroquia de San Miguel de hoy día. La finca de la plaza de toros fue propiedad del Colegio de San Ambrosio.

El año 1895, el caballero salmantino D. Juan Antonio Sánchez del Campo, en su nombre y en el de sus hijos Manuel (Marqués de Llen) y D. Justo Sánchez Tabernero, donó gene rasamente la Ribera en censo enfiteútico. Una de tantas ficciones, que se veían obligados a hacer ante la inseguridad de la

España del 900. La finca está situada a dos kilómetros del Colegio, a orillas del Pisuegra. Su nombre de Ribera no radica en su situación geográfica o emplazamiento fluvial. En Valladolid todas las casas de campo, por lejos que se hallen del río se llaman riberas, como en Zaragoza torres, o cigarrales en Toledo.

Lo que le distingue de las demás riberas es su nombre individual de San Pablo. Este nombre en una individuación dentro de la especie. Lo tiene por haber pertenecido al antiguo convento de San Pablo, el convento de Torquemada, de Melchor Cano, de Bartolomé de las Casas, de Fray Luis de Granada... La finca tiene siete hectáreas y una casa en la parte central. Las construcciones han aumentado. Hoy día, está la vaquería del Colegio. Posee estanque para regadío y una piscina para los colegiales. En primavera, el soto es alegre. La risa de los colegiales sincroniza con el canto del ruiseñor.

En tiempos pasados, cuando el calor hacía imposibles los paseos por carretera, el paseo obligado era la Ribera. Y gustaba a los colegiales. Ni la Ribera ni el paseo eran cosas nuevas, pero estaban sahumadas de novedad. En 1904 en la finca se levantó un monumento a la Inmaculada: Quizás esa Virgen, rodeada de rosales y perfume de flores, despertaba en los colegiales vivencias íntimas con sabor de poesías.

La enfermería

Los externos tienen a sus madres que les enjugan las lágrimas de sus dolencias. Pero, ¡los internos...! ¡Tan lejos de sus padres! Súplelo, en cuanto es posible, el Hno. Enfermero, todo bondad y amor. De él conservan los antiguos gratos recuerdos. El Hno. sabe mucho de enfermedades que no son del cuerpo, sino del alma.

Los antiguos que visitan el Colegio, dirigen sus pasos primeros a la Capilla y a la Enfermería. En ésta es donde encuentran mayores transformaciones. En la actualidad, posee cuartos conforme a las exigencias de la higiene, rayos X, cocina eléctrica y de gas... En el Colegio de San José se ha dado siempre, en progresión creciente, importancia al cultivo y desarrollo del cuerpo. La higiene corporal tiene un puesto de honor. Muchos defectos psicológicos se atribuyen a deficiencias y taras corporales. Hoy se tiende, y en el Colegio de San José también, a establecer gabinetes metro-

psicológicos con fichas médicas de cada sujeto. En San José, al colegial se le atiende no sólo en el aspecto de enseñanza intelectual, sino en su aspecto moral, y, por último, en sus condiciones orgánicas.

Cualquier alumno, por muy buena salud que tenga, conoce el rincón de la Enfermería, sobre todo, en días de composición. Esto último sólo lo hacen algunos más pícaros. Este rincón de la Enfermería, con sus pájaros que pican lechuga en la jaula, con sus damas y ajedrez, con sus macetas, con su olor especial a botica..., ha sido testigo de murrias y alegrías, de pequeños y grandes dolores, de conversaciones entre amigos... Y en los oros malvas del atardecer, las puertas de los cuartos se abren y el Hno. Enfermero desgrana el Santo Rosario, bálsamo que aplica las manos suaves de nuestra Madre. Así todo se santifica.

*Quien pudiera ser canario
para no estudiar el álgebra...
Y estar siempre en el silencio
de esta enfermería clara,
que tiene sobre la mesa
juegos de ajedrez y damas.
(M. Abril.)*

Nos es imposible soslayar la explicación de una lápida sencilla, colocada en el antiguo salón de la Enfermería, que reza así

AL HERMANO
GREGORIO EZEIZA, S. J.
ENFERMERO DEL COLEGIO DE SAN JOSE
+ El 13 de Junio de 1933
Los antiguos alumnos agradecidos

Alma evangélica, nimbada por las exquisiteces de su caridad, el Hno. Ezeiza era un poco madre de los colegiales. Los antiguos recuerdan que «le deben consejos e indicaciones que les han sido útiles en la vida». La primera visita de un colegial al volver al Colegio era a la Enfermería, al Hno. Ezeiza. Durante 40 años fue enfermero del Colegio, a donde vino el año 1890. Era la inocente tolerancia dentro de la disciplina del Colegio. El Diario Regional publicó este hermoso artículo

«He aquí un hombre que baja al sepulcro sin ruido ni estruendo, tan mansa, callada y humildemente como había vivido, en una enseñanza perenne del

venci-miento de sí mismo y en una dedicación ininterrumpida a favorecer a la parte más digna de sus semejantes, a los niños, a quienes con una pericia, con un cariño y con un celo tal que sólo puede darse en quienes como él, de Dios, reciben la inspiración y la fortaleza para permanecer acertados y constantes en el cumplimiento del deber».

El Hno. Ezeiza, durante el período que siguió al decreto de la expulsión de los jesuitas, estuvo cuidado en casa de D. Leandro Gascón, en Fuentes de Béjar (Salamanca). La familia Gascón derrochó atenciones con el santo enfermo. Durante la convalecencia, el mismo D. Leandro le sacaba a pasear en coche diariamente. El mismo le llevó a Entre-Os-Ríos. De nuevo enfermó el Hno. Ezeiza en tierras portuguesas. D. Leandro le trasladó en su coche a Valladolid, donde murió en casa de Doña Cándida Pintó, frente al teatro Calderón. El Hno. Ezeiza fue un héroe y un sabio, porque supo ser un santo. Por eso, ha tenido el premio de los elegidos, de los amados de Dios: la persecución aun después de muerto. Epílogo de su vida fue una tumba solitaria. Los enemigos de la Compañía negaron a sus restos mortales una tumba junto a la de sus hermanos en Religión. El Hno. Ezeiza, con sus pasos sigilosos, su voz suave, sus palabras de cariño, su bondad..., era la terapéutica con la que conseguía el milagro de curar las murrias. Descanse en paz el Siervo bueno y fiel.

Los refinamientos de la época irrumpieron en el Colegio. Los antiguos no conocieron la estufa en las clases ni en los estudios. En 1919 se puso calefacción. El sistema del aire caliente fue considerado el más apto para un edificio de las dimensiones del Colegio. El sistema empleado fue el de hornos Perreta. Este mismo año se introdujo la hidroterapia. El comedor de los Padres, junto a la cocina, se trocó en duchas y cuarto de baño. A propósito de las duchas una pequeña anécdota. Es la vez primera que funcionan las duchas para los pequeños. Las preguntas llueven sobre el Hermano que les acompaña: ¿Cómo se toma la ducha? ¿Hay que quitarse la ropa? ¿Los zapatos, también?... La pregunta fue indiscreta. Se entreabren las puertas y aparecen piecitos. El pobre Hermano tiene que dedicarse a quitar zapatos. Al caer el agua surge una gritería imponente. ¿Miedo? ¿Novedad? El buen Hermano reía...

Varios

Antes de poner punto final a estos capítulos, queremos reseñar algunas noticias ocurridas estos años.

El día 12 de Marzo de 1918, un decreto del M. R. P. W. Ledockowski, General de la Compañía de Jesús, dividía la antigua Provincia jesuítica de Castilla. Nació la nueva Provincia de León, que comprende las provincias de Santander, Palencia, Valladolid, Salamanca, Zamora, León, Asturias, las provincias gallegas y algunas tierras americanas y la misión correspondiente de China. Sin embargo, las consecuencias eran de preverse. Durante las vacaciones de verano, varios Padres y Hermanos dejan el Colegio. Pertenecían a la Provincia de Castilla. Llegan los sustitutos de los que se fueron. El 8 de Septiembre es nombrado Rector el P. Antonio L. de Santa Anna. Gran personalidad, de trato exquisito. Era el eco de aquel 12 de Marzo silencioso y ordinario, pero fecundo en maternidad. El Rectorado del P. Santa Anna fue de mejoras y progresos, de nuevas orientaciones pedagógicas. El número de alumnos aumenta considerablemente y, el curso 1919-1920, llega a 325.

El P. Dalmacio Valbuena, consumado humanista, sucede en el Rectorado al P. Santa Anna. Son los años 1921-1924, años tranquilos en el interior del Colegio. Fuera ruge la tormenta: atentados terroristas; en Zaragoza es asesinado el Cardenal Soldevilla; sigue la guerra en Marruecos; el general Primo de Rivera proclama la Dictadura... Sin embargo, en el Colegio destacan algunas fechas históricas. El 22 de Marzo de 1921 se celebró, con Misa de Gallo, el IV Centenario de la Vela de Armas de San Ignacio en Montserrat. El 20 de Octubre llega a Valladolid la reliquia del brazo de San Francisco Javier. Es venerada en la iglesia de la Residencia por incontable multitud. Después viene al Colegio. Es depositada en la Capilla y velada por numerosos turnos de antiguos alumnos y de actuales de aquel entonces, hasta las nueve de la noche en que es llevado a la estación por el P. Lesmes Frías.

Los cursos 1922-23 y 1923-24, los alumnos del Colegio se trasladan a Palencia para efectuar los exámenes ante los profesores del Instituto de aquella ciudad.

Por estos mismos años, comienzan su profesorado en el Colegio varios jóvenes sacerdotes comillenses. El primero fue Don Eduardo Martínez, hoy Obispo de Zamora.

En Septiembre de 1924 es huésped de nuestro Colegio el Muy Reverendo Padre W. Ledockowski, a la sazón en visita por varias casas de España. La visita fue rápida, demasiado rápida, pero gratísima. Vino procedente de Carrión de los Condes y acompañado del R. P. Provincial de la Provincia de León y del Padre Rector del Colegio de San José, P. Valbuena. En la portería del Colegio esperaban, para recibirle, el Arzobispo de Valladolid, el Rector de la Universidad, el Presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos... Después se supo que Castilla le había impresionado agradablemente.

Como broche de oro de estos acontecimientos queremos recordar la entronización del Sagrado Corazón en el Colegio. Fue el 4 de Marzo de 1919. Todo el mes de Febrero fue mes de oración y sacrificio, mes de preparación. Los tres días de Carnaval significaron preparación inmediata. El Santísimo estuvo expuesto. Comunidad y alumnos hacían la vela. Por la tarde, función de Iglesia con sermón. El día señalado la sala de visitas semejaba trocada. Luces, flores, inundaban con cataratas de luz y perfume el ambiente. En su trono la imagen del Sagrado Corazón, bendecida por el Eminentísimo Cardenal Segura, entonces Obispo de Apolonia, recibió la consagración generosa, entrega nueva y renovada, a la vez, del trabajo, sufrimiento y oración del Colegio de San José.

La primera etapa de la vida del Colegio ha terminado. El calvario se recorta en el flemático aliento del horizonte. Esperemos todavía un poco. Hemos hablado de la materialidad del Colegio. Hemos dicho pocas cosas sobre la esencia del Colegio, es decir, sobre lo que constituye la esencia misma del Colegio, sobre los profesores y su educación.

EL ESPÍRITU DEL COLEGIO

El Colegio llenó las esperanzas de cuantos anhelaban la enseñanza de los jesuitas. El número de colegiales ascendió en rítmica progresión. En los últimos años de esta primera época reseñada, el número de colegiales rozaba la cifra de 300. Por el

aire vagaba un anhelo de ser colegial de San José. Este anhelo era un acicate que estimulaba a profesores y alumnos en la dirección y en el aprendizaje. Esta acción, colectiva tendía a formar un ambiente, un clima, un espíritu. El alma del Colegio, su valor más esencial, consiste en ser una pauta preparatoria de la vida. Por eso, cuando uno abandona el Colegio, siente nostalgias de los días sencillos, que ha pasado entre esos altos muros testigos de la infancia. El joven empieza a pensar por sí mismo y la educación del Colegio es la que suministra en esencia el material de ese despertar en la vida social, moral e intelectual. El educador, por ende, es el verdadero hacedor de la historia. El siembra las ideas, que crean las personalidades.

Pedagogía de los jesuitas

Al estudiar el espíritu pedagógico de los jesuitas es necesario no olvidar el ambiente que les rodea. El hombre respira la atmósfera circundante. La enseñanza del siglo XIX y comienzo del XX se caracteriza por el predominio de ideas centralizadoras y sumisión de los organismos docentes al Estado. La segunda enseñanza ha sido objeto de múltiples planes de reorganización, «resultando de su análisis -dice Zabala-, que en unos predomina la orientación clásica, y en otros se aspira a equilibrarla con el sentido realista o moderno, en algunos se acentúa el carácter técnico o profesional, y en otros se advierte la preocupación del legislador por definir un grado de enseñanza que, según el criterio de cada Ministro, o aparece preferentemente dirigido a dar una cultura general preparatoria para la vida, o manifiestamente se brinda a capacitar al alumno para el ingreso en las enseñanzas superiores, o, con mejor intención que fortuna, aspira a satisfacer ambas exigencias». Y como consecuencia inmediata de este desbarajuste, una de las faltas más graves de la educación contemporánea es el descuido de las magnitudes, es la ignorancia de la escala de valores. La gente de este último siglo no está ineducada; está mal educada. La educación es transmisión de verdad, y el mundo moderno no ha podido legar la verdad porque no la ha poseído. «Ha preferido diez errores provenientes del hombre a una verdad procedente de Dios.» (Maritain.)

Estas premisas deben tenerse presentes. Sólo así comprenderemos por qué el celebrado Ratio Studiorum no ha podido tener entera aplicación. Los variados planes de la enseñanza oficial lo han

hecho incompatible.

Formación espiritual

En el Colegio de San José, como en todos los de la Compañía, la formación espiritual de los alumnos está por encima de la formación intelectual. El hombre crece indefinidamente. La vida ha de renovarse siempre. Más allá de la tumba se introduce en lo divino. Por eso, la educación laica puede enseñar cómo ganarse la vida; pero nunca cómo hacer una vida. ¡Como si fuera más importante saber álgebra, las causas de la caída de Roma, etc., que saber que su destino definitivo está ligado con el más allá!

Esta formación espiritual ha seguido siempre una misma trayectoria en lo esencial. Cambian los detalles, pues eso y no otra cosa, son las adaptaciones de las normas inmutables del Ratio a los métodos nuevos. Sin embargo, podemos observar varios jalones.

La espiritualidad, en los primeros años, por no decir durante toda la primera etapa, que estamos historiando, es una espiritualidad colectiva. Sus bases fundamentales son: lecturas escogidas en la Misa diaria y en los estudios después del Rosario; quincenalmente en un principio, semanalmente después, el Padre Espiritual tiene una plática a los alumnos. El P. Santa Anna (1918-1921) introduce las homilías en la Misa del domingo. Hay un solo director espiritual en el Colegio. Siempre es un Padre experimentado en las cosas del espíritu. Pero, con frecuencia, es de edad. Recibe en su despacho a cuantos quieren visitarle y acostumbra a endulzar los diálogos sin testigos con caramelos.

La floración misional, que hacia 1920 estalló en España, fue aprovechada en el Colegio de San José. Se lee en el comedor el «Siglo de las Misiones». Los alumnos se agrupan en obras misionales: «Doce Apóstoles» para los mayores y «Santa Infancia» para los pequeños. Se representan dramas misionales. En esta misma época surge preocupación por el aumento de las vocaciones religiosas y sacerdotales. Se hacen los primeros ensayos que desembocan en una formación espiritual individual. Los PP. Espirituales son dos: uno para pequeños, que inicia la formación, y otro para mayores, que la completa, a la vez que les prepara para lanzarse a la vida. Es el P. Espiritual quien mensualmente llama a los colegiales a su

cuarto, para hablar con ellos en particular.

Los nuevos sistemas pertenecen a otra etapa no historiada aún. Dentro de la línea evolutiva en lo espiritual, resaltan aspectos parciales. Veámoslo.

Vida mariana

El culto mariano ha captado la predilección de los alumnos. Ya lo hemos indicado más arriba. La imagen de la Virgen del Colegio ha contribuido no poco. Ella es el eje sentimental en torno al cual gira la espiritualidad de los alumnos de todos los tiempos. A través de toda la vida se proyecta la sombra de la Virgen del Colegio. A sus pies se ha hecho, con frecuencia, la primera Comunión. Muchos la han escogido, para recibir a los pies de su Virgen la bendición nupcial. Su recuerdo perfuma cada uno de los ensueños y caros recuerdos que se conservan del Colegio. Los colegiales y los antiguos alumnos piensan en su Virgen como algo que vive actualmente y que fija sus ojos de enSoñación materna de cada uno de ellos.

La Congregación ha sido el termómetro del sentimiento mariano reinante en el Colegio. Las orlas conmemorativas que, hasta poco ha, ornaban el claustro del primer piso, son aserción apodéctica. El año 1943 se celebró en el Colegio de San José una reunión de PP. Directores de Congregaciones Marianas. El P. Espiritual del Colegio o el P. Espiritual de los mayores, desde que hay dos PP. Espirituales, es el Director de la Congregación. En ella quedan reunidos los alumnos de mejor conducta. Está precedida de un aspirantado. En él se comprueba el comportamiento y la aplicación asidua y constante. La mala conducta, el abandono del estudio, las faltas graves de disciplina..., son causas de expulsión o de no admisión. El congregante enseña el catecismo a niños pobres, visitan los hospitales, tienen sus círculos de estudios... Durante esta primera etapa los congregantes, presididos a veces por el P. Rector, sirvieron la comida en centros benéficos destinados a gente desamparada y humilde. En Curia no se olvidó esta práctica.

Ejercicios espirituales

Son arma eficaz para transformar educadores y educandos. Llevan al ejercitante a la reflexión, a la creación de su personalidad moral, social y

religiosa. El silencio es rico porque el silencio de los ejercicios entraña diálogo consigo y con Dios. Los ejercicios enseñan a concentrarse y a examinar sus actos. Los días de ejercicios son días de recogimiento. No ponen terror en el alma del niño; ni los altos pensamientos son inadecuados a la ternura del niño. Al contrario, obran en su alma infantil más eficazmente que sobre el alma adulta.

Hasta el Rectorado del P. Santa Anna, los ejercicios se concretaban en el clásico triduo limpia conciencias. Se tenían en los comienzos del curso. Este ejercitarse en el rejuvenecimiento interior entraña un profundo conocimiento psicológico. Hace que los ojos del niño vean claramente la meta. Es necesario romper el estado de abulia, de pasividad espiritual, que ha invadido el espíritu durante las vacaciones, cuando los valores espirituales han sido superados por otros valores. El trato con Dios les vigoriza y la escala de valores se trastrueca, volviendo a su auténtica jerarquía.

El Rectorado del P. Santa Anna es la vertiente divisoria de aguas. ¿Antes? Ya lo hemos visto. ¿Después? Se inicia la práctica de unos días de ejercicios para los bachilleres que terminan; primero, aprovechando los días de Carnaval; después, en diversas épocas. El ambiente crea un clima, y los ejercicios necesitan ambiente de silencio y espiritualidad. Por eso, escogen para hacer los ejercicios las casas noviciados de Carrión y Salamanca. Eran ejercicios orientadores de su vida o de su carrera. Antes del Rectorado del P. Santa Anna también fueron algunas veces, los bachilleres, a Carrión para hacer sus ejercicios en completo retiro. Tenían valor relativo. Eran casos esporádicos.

Durante el Rectorado del P. Encinas nueva crisis. Pero no adelantemos ideas.

El creyente necesita tener un cuadro vivo, claro, tocante a su religión, saber lo que da la religión para la vida terrena y para la eterna. El mundo necesita teólogos, pero tiene mayor necesidad de creyentes auténticos, de hombres de moral acrisolada, de hombres para quienes la Iglesia es algo vital..., en una palabra, de hombres consecuentes con la fe que profesan. La espiritualidad del Colegio de San José, siempre ha tendido a ese ideal. He aquí dos ejemplos.

Flores del jardín.

La juventud es edad de placer, pero también de heroísmo. Muchos colegiales apenas sonrieron a la vida. Fueron capullos. No llegaron a ser flores marchitas. Como fruto de su lección espiritual, podríamos presentar una galería de almas privilegiadas. Su paso dejó reguero luminoso de santidad y alegría. Ya hemos mencionado a Manuel Remolar. Sin pretender una lista necrológica evocaremos nombres como: Francisco Francia Manjón, Evaristo de la Riva, Juan Alonso Pombo... Todos ellos se acercaron al Infinito, comprendiendo la única realidad trascendental por la intuición, el amor y la pureza, sin análisis intelectual alguno. Sus vidas no necesitaron ciencia, sino creencias. Pasaron por la vida huyendo de ella, pero viviéndola plenamente según los designios de Dios.

Juan Moronati y Jesús González Echávarri ofrendaron sus vidas para satisfacer a un Dios olvidado por los hombres. Anhelaban ser, aunque en pequeño, redentores. Fueron abogados ante Dios en favor de los hombres. Eligieron la manera de vivir más noble y grande. Se olvidaron de sí. Entregaron a otros su corazón y se sacrificaron por ellos.

«El Mensajero del Corazón de Jesús» al dar cuenta de la muerte de Juan Moronati, decía: «su santidad consistió en haber sido víctima silenciosa y voluntaria para la gloria de Dios..., en haber acertado a ocultar, con santo disimulo, su vida de continuo sacrificio, con su perpetua sonrisa, con su carácter alegre y aun jocoso». Vivió a lo Teresita de Jesús.

«Recuerdos de una vida de dolor» y «Flores de una Pasionaria Eucarística» son dos libros que cantan las sólidas virtudes y los sufrimientos de Jesús González Echávarri. Su pletórica salud, sus facultades artísticas, se consumieron durante siete años en la llama del dolor. Su sonrisa, jamás se ajó. Sólo aprendemos de aquel a quien amamos. Jesús amaba a Cristo Eucarístico. Su fuerza en el sufrir era grande porque su corazón era puro.

Sean estos datos, estrellas que anuncian un horizonte esplendoroso.

AMBIENTE CULTURAL

El Colegio de San José es un centro de segunda

enseñanza. Sus actividades intelectuales se mueven en este plan. La labor principal, la cátedra, no tiene historia ni novela. Sin embargo son las cosas pequeñas las que anuncian cosas grandes. Otra concreción del refrán «poco a poco hila la vieja el copo»

El profesorado jesuita no separa la razón de la fe. No las tila la verdad. Enseña la sabiduría divina pero no olvida las ciencias humanas. La inteligencia se purifica con el verdadero concepto que del humanismo posee un jesuita, difiere esencialmente del que tiene un profesor cuyo ideal sea únicamente la ciencia humana. El jesuita pretende formar intelectuales, pero intelectuales cristianos y selectos.

Desde 1880 hasta 1938, la falta de continuidad de los planes de enseñanza ha sido prodigiosa.

Por Real Orden del 16 de Septiembre de 1894 entra en vigor un nuevo plan de enseñanza media. Tiende a destruir el desconcierto motivado por las innumerables reformas parciales, realizadas desde 1857. Su autor era Alejandro Groizard. Después han venido otros planes de reforma: el de Romanones (1903) el de Callejo (1926), otros más durante la República del 31. Y no son los únicos.

En los albores del Colegio el plan oficial permitía ampliar los conocimientos y aun prescindir, durante el curso, del texto oficial, que sólo se estudiaba en el último mes, acomodando lo aprendido al programa oficial. Los textos oficiales tenían, con frecuencia, sabor racionalista, o positivista; eran de poca claridad expositiva o incomprensibles por el lenguaje. Sobre los profesores recaía, pues, un trabajo ímprobo: Debían aclarar los textos, componer verdaderos tratados..., porque el profesor jesuita debe procurar «el progreso de cada uno de sus alumnos y exigir de todos ellos sería cuenta de sus lecciones». (Constituciones, P. IV, 13, 3.) Ejemplo clásico fue el gesto valiente del P. Modesto Fernández. Explicaba psicología. El texto oficial era de sabor krausista. Prescindió de él. Enseñó la filosofía escolástica y adiestró a sus noveles discípulos a rebatir la filosofía krausista. ¿Resultado?... Unas notas brillantes en los exámenes, elogio aún para los mismos examinadores oficiales.

En los planes oficiales, la enseñanza religiosa estaba, prácticamente, arrinconada. En el Colegio ocupó el puesto de honor en el aprecio y en la

práctica. Con el tiempo se introdujo la clase de apologética; que tanto auge alcanzaría en el destierro, en Curía.

Si a esto se añade que, en nuestra época, el problema de la formación de los educadores preocupa a los espíritus sensatos, se comprenderá fácilmente por qué, en el Colegio de San José, ha habido siempre esclarecidos maestros. Aun reconociendo las deficiencias inevitables en todo lo humano. La Compañía procura dar a sus hijos una preparación no mediocre y una cultura si no extensa, sí profunda. El profesor añade, con frecuencia, a su formación jesuítica el prestigio de una Licenciatura o de un Doctorado oficial, con todo lo que ello significa. La síntesis, pues, podría ser: dignificación individual y colectiva del claustro docente, colocado oficialmente al nivel del profesorado oficial del Estado y, muchas veces, superándole en profundidad de formación intelectual. No es fácil recordar los nombres de tantos esclarecidos maestros. Antiguos y actuales alumnos traerán a la memoria los de su época; pero siempre quedarán en olvido aquellos que ellos no conocieron.

Los maestros

He aquí una pequeña galería de los más antiguos. Sólo son instantáneas; no biografías.

A la cabeza de todos ellos se yergue la figura prócer del P. Juan Urráburu. Su fama es universal. Insigne profesor de filosofía y de teología en la Universidad Gregoriana, autor de obras monumentales, alguna de ellas publicadas cuando era Rector del Colegio de San José, el P. Urráburu supo comunicar la tónica de su vida a los súbditos.

Desde antiguo el Colegio de San José ha dotado a profesores y alumnos de gabinetes y laboratorios. Al servicio de la ciencia ha contado, a través de los tiempos, con esclarecidos profesores. En 1905 moría el P. Eleuterio Martínez. Tras sí deja estela luminosa de montador de gabinetes, de profesor claro y preciso, de ideador de la máquina electroestática, modelo español. Sus notas y premios eran estimados. Uno de sus alumnos al enterarse del premio conseguido en las clases del P. Martínez, exclamó: «eso es lo que yo buscaba, con ese premio estoy contento». La disciplina que se observaba en su clase, admirable más que imitable. Sus alumnos llevaban los lápices sujetos con hilo a

la blusa. No querían pagar diez céntimos: era la multa si se le caía en clase. A pesar de todo se le amaba. Su sentido de justicia era delicado. Había un profesor del Instituto muy riguroso: a sus alumnos daba un solo sobresaliente; a los del Colegio, en atención al P. Martínez, les daba dos.

Durante 36 años ha proseguido su labor el P. Román Fernández Lomana, labor incansable en la cátedra y en el laboratorio. El P. Lomana ha sido lazo de unión entre las tres etapas históricas del Colegio. La contracción voluntariosa de su labio inferior ponía un rictus de energía en su rostro, suavizado por su bondad. Su emoción más dolorosa la recibió (son sus palabras), el 3 de Febrero de 1932 al abandonar el Colegio. La mayor alegría cuando entró en él, después del destierro. Ideó un epidiascopio simplificado, para cuerpos transparentes y opacos, realizado por la casa Leibolds Nachfolger de Colonia. Fue dos veces Prefecto de disciplina del Colegio. En los últimos años, censor de las películas de cine que se proyectaban en el Colegio. Autor de libros de texto y publicista en revistas españolas y extranjeras. El Generalísimo Franco le otorgó la Encomienda de la Orden de Alfonso X. El 24 de Mayo de 1944 le fueron impuestas las insignias.

Por lo que respecta a las Ciencias Naturales, no podemos menos de recordar al P. Pedro de Valderrábano. De su labor en los laboratorios, ya hemos insinuado algo. Participó activamente en varios Congresos de microfotografía, desde el de Lieja (1905) hasta el de Salamanca (1923), en el que representó 24 microfotografías en colores, las primeras de España y, tal vez, del extranjero. En el Congreso de Madrid fue galardonada su cámara microfotográfica y su estufa termoeléctrica. Sus clases se hicieron célebres. Las hacía tangibles, intuitivas, ardientes, como su carácter. Llamaba la atención sobre el detalle, que fijaba y eternizaba en las mentes juveniles. La distracción de los muchachos originaba escenas trágicas. Sin embargo, se le quería y siempre se recordaba la amenidad con que enseñaba aquel ojo, aquel oído..., detallísticamente dibujados por él en varios colores. Su discurso ardiente estaba lejos de toda ostentación de saber y toda actitud orgullosa. Por eso, fecundó las almas. Dios le bendijo y los hombres le estimaron. Sus discípulos le dedicaron un homenaje en 1929. Su pueblo, Remeral (Zamora), le ha dedicado dos lapidas, y Sanabria le declaró hijo predilecto. En el Colegio significaba una institución. El 6 de Diciembre de 1935 moría en el

destierro. El saber es algo; la santidad es más; la humildad en la sabiduría y la santidad es la admiración de Dios y de los hombres. Por eso, el P. Valderrábano vive en nuestro recuerdo.

Deberíamos añadir la reseña intelectual de cuantos ex alumnos han sobresalido en sus profesiones científicas. Sólo algunos nombres: Isidoro Rubio, primer tratadista de España de bibliografía estadística; los ingenieros Manuel María y Enrique Arrillaga...

En el campo de la literatura pura, pensamos detener-nos un poco más. La literatura proporciona el desarrollo armónico de las facultades y el despertar de las tendencias adormecidas en el alma adolescente. Enseña a instruirse, a pensar, a profundizar, a crear y a sentir. A los profesores de Literatura e Historia les es absolutamente necesario e indispensable no sólo extensión de conocimiento, sino plétora de valores morales, sociales, políticos y estéticos. Deben ser hombres sensibles, comprensivos de los valores estéticos, religiosos, históricos..., en los que deben introducir a sus alumnos. Deben tener desarrollada en rapidez y penetración la facultad de analizar y de juzgar, gobernada por un gusto seguro. Nada humano debe serles ajeno.

A continuación reseñamos en visión sintética, algunos profesores y discípulos de la inmensa pléyade que ha pasado por las aulas del Colegio. Es un mentís a esos que dicen que los jesuitas han dejado decaer entre ellos la literatura, aunque no negamos que en los últimos tiempos han escaseado los cultivadores de la literatura pura al gusto moderno.

De renombre nacional es el P. Constancio Eguía, poeta de hondo lirismo, técnica puente entre el romanticismo trasnochado y el modernismo que se anuncia triunfante; crítico de vastos conocimientos. En sus años postreros, el investigador se sobrepone al crítico y al poeta.

Sucédele en la enseñanza el P. Olmedo, profesor peripatético. Sus versos recuerdan a Campoamor, sin descartar sus facultades de impresionista. Es un humanista integral, capaz de educar los espíritus y conecedor de la cultura grecolatina y renacentista. Prueba evidente son sus traducciones de Horacio, sus monografías sobre Bonifacio, Nebrija...

Más reciente y moderno es el P. Eusebio Rey.

Escribe Nicolás González Ruiz: «Se revela como un poeta de mérito extraordinario y reclama un puesto en la vanguardia poética de nuestros días.» Nosotros añadimos que la revelación es ya una auténtica realidad, saturada de frutos. En el Colegio de San José inicia su carrera poética el P. Ramón Cué, poeta de exquisitas vivencias y vanguardista con anhelos ganosos de modernidad.

Tampoco han escaseado historiadores. El P. Ignacio Uriarte, el más insigne bibliógrafo moderno de la Compañía, elabora en este Colegio su monumento bibliográfico. «Cuando este monumento sea íntegramente conocido, escribe Menéndez y Pelayo, eclipsará a los Hermanos Backer, Sommervogel...» Era un genuino bibliógrafo, instructivo, curioso, paciente y dotado de un gusto poco común. Sucesores suyos son el P. Lecino, profesor de San José y el P. Miguel Cascón, antiguo alumno y ex director de «Vallisoletana».

El guatemalteco P. Rafael Pérez, en el decenio que pasa en Valladolid, compone sus historias de la Compañía de Jesús en Colombia y Centro América, en la República Argentina y Chile, Uruguay y Brasil.

El nombre del P. Feliciano Cereceda es demasiado conocido para mendigar alabanzas. Su fuerte es el punto en que la historia eclesiástica y profana se entrecruza.

Los alumnos

Entre los alumnos sería imperdonable la preterición del antiguo alumno y sacerdote Andrés María Mateo, archivero de Salamanca, y del archivero de Indias, en Sevilla, José María de la Peña:

A título de antiguos alumnos vaya un recuerdo, sahumado en olor de santidad, para el P. Nazario Pérez, S. J., poeta y mariólogo insigne. Sin olvidar a los PP. Rufo Mendizábal y Rafael Hornedo.

Los alumnos rivalizan con sus maestros y son laurel de triunfo por su labor abnegada y silenciosa. Epígono brillante de la escuela de Menéndez y Pelayo, investigador de nuestros clásicos y unido con amistad cordial al P. Uriarte, es el insigne académico de la Lengua y director de la de Historia, Don Agustín González Amezua.

Más modernos son los hermanos Cossío, Francisco y José María. Este último, sensibilidad aguda e

investigador serio, es académico de la Lengua; publicó «Romancero tradicional de la Montaña» y una antología de la fiesta de toros. Es un lírico en acción. Su hermano es un espíritu sagaz, uno de los estilistas más perfectos de España. Ha elevado el prestigio de la crónica periodística. La Semana Santa vallisoletana y el Museo de Escultura Policromada de Valladolid, le son deudores por muchos conceptos.

Entre los poetas que han descollado después de 1939, mencionaremos a Lope Mateo, poeta del silencio de Castilla, galardonado con la Flor Natural y Primer Premio; Dionisio Ridruejo...; generación moza y valores líricos indiscutibles, «los cuales, dice el P. Rey, hacen buena para San José la teoría no muy aventurada de que la lírica modernista española es en gran parte producto de antiguos jesuitas». Bastarían para demostrarlo nombres como J. Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Alberti, Vicente Huidobro..., todos ellos discípulos de jesuitas.

Más adelante continuaremos esta galería de nombres que han dado prestigio a las aulas del Colegio y han dejado estela luminosa de ejemplaridad.

MÉTODOS

Hemos visto desfilar, con impresionismo de cinematógrafo, figuras de profesores y alumnos. ¿Qué métodos usaban esos profesores en la formación integral de tales alumnos? San Ignacio en sus ejercicios no quiere pantalla. El Director de ejercicios trabajará en segundo plano; eso debe ser el profesor jesuita. Entre la inteligencia del niño y la verdad no hay que poner una pantalla. El oficio del profesor debe reducirse a exponer una materia y despertar el ánimo para el trabajo personal, a llevar cuenta del esfuerzo de cada alumno, a juzgar los resultados, a enderezar lo torcido. El alumno es quien debe reflexionar, pensar..., únicamente así formará sus convicciones y progresará. El jesuita emplea el valor pedagógico de la pregunta. Los interrogantes hacen precisar y captan la atención sobre un punto, hacen dudar y sugieren antinomias, denuncian ideas confusas... Resumiendo: fuerzan al espíritu a progresar de la tesis a la síntesis a través del análisis.

El profesor jesuita se sabe consciente de su formación espiritual, científica y humana. Su deseo es entregarse al niño, hacerse amar de él. Su pedagogía es amor. El niño ve que las palabras y las obras de su educador no están en contradicción e imitan a su maestro. Autoridad, crédito y amor son las cualidades del educador jesuita. Del alumno exigen, como coeficiente personal, autodeterminación y actividad. El trabajo es fuente de disciplina. El alumno debe trabajar por deber, por caridad, por ser útil para sí y para los demás. Como Jesús, debe santificar sus estudios y clases; por eso, reza antes y después de cada actividad. La pedagogía jesuítica exige que, entre maestros y discípulos se establezca una corriente de vida. Ambos colaboran al mismo fin: la educación del niño. Hay intercambio de pensamientos, solución de interrogantes. En estos coloquios es preciso tener en cuenta el carácter de cada alumno para elegir las industrias pedagógicas más acomodadas al temperamento del alumno. El profesor debe ser vario y ondulante como lo humano. Conduce al niño a través del temor, del castigo y de la esperanza de premio.

El joven quiere sentir la percepción de ser libre y en él se forja un sentimiento de autonomía. De ahí, la necesidad de vigilar, guiar al joven, sin faltarle al respeto. Es necesario confiar en las cualidades del educando, no dudar de su buena voluntad. Nada perdona más difícilmente un joven que un reproche, una desaprobación, envueltos en ironía. El castigo jesuítico será castigo, pero jamás ironía.

El castigo es un recurso imprescindible en la educación. Sin embargo, para el jesuita la eficacia de la educación está en razón inversa a la frecuencia de los castigos. Un castigo excluido, generalmente, de la pedagogía jesuítica es... el pegar.

Un arma poderosa de la educación jesuítica es la unión de todos los maestros entre sí. A la unidad de vocación, de principios pedagógicos, el jesuita añade la unidad de obediencia. Y la unión hace fuerza.

Este es el resumen del pensamiento de los jesuitas. Esta es la pedagogía que vamos a ver aplicada en las tres etapas del Colegio de San José. Encontraremos variantes; pero esas diferencias son accidentales.

Solemnidades y actos académicos

La crítica se ha esforzado en demostrar que la emulación halaga los apetitos inferiores del niño. Hoy no se escandaliza nadie. Las concertaciones y actos académicos de que vamos a hablar, ayudan al memorismo, pero no impiden el discurrir. La emoción, el interés, el honor, el entusiasmo de la lucha ayudan a concentrar la atención en una idea. Nietzsche, hablando del sistema de educación de los griegos, el de la emulación, en su obra «La lucha en Homero», dice: «por medio de la lucha es como se ha de acreditar toda cualidad sobresaliente... Aquí (se refiere a los educadores de su tiempo) se teme el egoísmo, como lo «malo en sí», con excepción de los jesuitas, que piensan en esto como los antiguos y, por lo mismo, son los mejores educadores de nuestro tiempo».

No sólo se estimula al individuo, sino que se procura despertar el interés y la emulación entre los diferentes cursos. ¿Qué curso ganará el premio en conducta, en aplicación...? Es una gloria apetecible.

Para estas luchas literarias y científicas, inauguradas en los primeros tiempos de la vida del Colegio, bordaron las monjas de la Enseñanza unas magníficas banderas con el águila imperial romana o el elefante cartaginés. Eran las luchas entre Roma y Cartago. El Hno. Sobrón las sustituyó por algo más guerrero: Húsares y Dragones¹. En las luchas el

¹ HUSARES Y DRAGONES.-«De nuevo en guerra. El generalísimo con el cordón de San Francisco es un riojano de pelo en pecho. Todos os acordáis; todos tenéis, sin duda, algún recuerdo cariñoso de él. Su mirar firme, sus pasos más asentados que las columnas de Salomón... Es D. Teótimo Sobrón.

»Hemos dicho que de nuevo la guerra, y no nos engañamos. La lid es fiera. Húsares y Dragones se tiran a matar... ¡Qué de gritos!, ¡qué de llantos y regocijes cuando los Dragones son vencidos por los Húsares o los Húsares por los Dragones! Causa estremecimiento... Sólo Don Teótimo no se admira; y cuando ha dejado a sus huestes hartarse de lucha y la cosa va a terminar yendo a las manos, levanta, su mirada aplastante a través de unos lentes no muy viejos, y, con una palabra que es una epopeya, dice muy serio: «niños..., de continuar así, mañana jueves nos quedaremos sin cine». Allí no ha ocurrido nada; se suma el punto discutible a los Húsares. Como el Emperador por fin, garantizada la seguridad de su persona, por la voz de mando, ha dictaminado y adelante..., milésimas, diezmilones, tiempos

profesor regula siempre el combate. El decide en los casos dudosos.

Esta clase de concertaciones se celebraban todos los meses. Eran el marco de la distribución de premios de conducta y aprovechamiento. Duraron hasta los días del destierro de Curía. Después han venido a menos; por no decir que han desaparecido. Las concertaciones eran un juego para desarrollar el ingenio. Y las academias, un premio para los mejores. En la concertación el trabajo es por equipos; en la academia la responsabilidad es individual. Lo uno es lucha; lo otro, triunfo.

Las academias revestían más importancia por la solemnidad y aparato de presentación. Se aprovechaba para la proclamación de dignidades... En una de ellas se designó el primer Brigadier del Colegio. No podemos preterir las proclamaciones de dignidades, solemnidades clásicas y anuales, celebradas los primeros años en el Colegio y en el Teatro Calderón después. Se desarrollan envueltas en lujo de intimidad. El mejor comentario del significado hondo de estos actos ha salido de la pluma de un colegial. Le transcribimos a continuación: «Sobre nuestros pechos las manos de nuestros padres, como una caricia, colocan la medalla de dignidad. Ella nos adelanta al tiempo y haciéndonos sentir el peso de responsabilidades leves, nos acostumbra a llevar con garbo y elegancia estas dignidades menores, para saber llevar las que mañana en la vida nos confíen Dios y España.» (Del discurso de Urtega en la proclamación de dignidades de 1949.)

La primera academia se celebró el año 1887. Versó sobre Prehistoria. Fue un acontecimiento en la población, y, principalmente, entre los familiares de los alumnos. Hubo una novedad: proyecciones con luz Drumont. Todavía no había fluido eléctrico en Valladolid. Las autoridades eclesiásticas, civiles y militares presidieron el acto. El salón rebosaba gente.

simples y compuestos, en ría y en re. Todo son armas arrojadas, cruzadas con saña entre Húsares y Dragones. Así, pues, resultaba que la guerra no ya en el centro de Europa, sino aquí en Valladolid, era un hecho, pidiendo y deseando la paz de las huestes contendientes para el próximo verano con triunfos de una y otra parte.

»Por lo cual se felicitaba anticipadamente a Don Teótimo, único General en Jefe.» (Juan Duro. «Historia inédita del Colegio de San José.»)

Sin intentar historiar todas las academias, nos parece digno de interés reseñar alguna de ellas. 1909. Fié tanta la gente que acudió a la academia de este año, que muchos no pudieron entrar en el salón de actos y tuvieron que volverse a sus casas. El tema era «El ejército español en la reciente guerra de África». La hora anunciada para el acto era las cinco y media de la tarde. Desde las cuatro, nadie, ni aun bienhechores de casa, pudieron entrar en el salón de actos. Este era un enjambre humano.

Las academias no se interrumpieron. La primavera de glorias y triunfos continuó su eclosión anual. La temática era variada, primaveral: acontecimientos literarios, religiosos, patrióticos..., temas de actualidad y temas que rememoran tiempos pasados. Un ejemplo: la academia de 1918. Lleno completo. En la presidencia el Capitán General de la región, cuatro Generales, cinco Coroneles y muchos oficiales. ¿El tema de la velada? El centenario de la batalla de Covadonga. Los números musicales corrieron a cargo de la banda de música del Regimiento de Isabel II.

Otras solemnidades, que llegaron a ser clásicas y continúan siéndolo, son las distribuciones de premios. El 13 de Junio de 1886 se celebró la primera en el Colegio. Tuvo carácter público y solemne. Sirvió de norma a las posteriores. Los anales del Colegio, como presintiendo la importancia, señalan la hora de su celebración. Eran las doce de la mañana. El eco se tradujo en la prensa local: «Han principiado a decorar con escudos y banderas el salón de actos del Colegio de San José, con objeto de proceder a la distribución de premios, la cual se hará, según tenemos entendido, con alguna solemnidad; aunque no está concluida la decoración de aquella pieza del suntuoso Colegio, el cual guardará relación con la capilla.» («El Norte de Castilla», 10-6-1886.) Estas solemnidades de fin de curso se han repetido al unísono con la monorrítmica clausura de clases. La distribución de diplomas y medallas siempre es la misma, con la misma elegancia y gusto.

Por los años de 1918 se crean las academias de ampliación de estudios. La personalidad de los alumnos, que muestran especiales dotes de estudio y captación, se desarrolla en los laboratorios. En el Colegio se cultiva la personalidad descolante procurando que los demás no tengan la impresión de estar postergados. Las tertulias literarias, las academias de ciencias, los círculos de historia... Son

los primeros pasos hacia el cuidado de la sensibilidad y personalidad científica y profesional. Tomar notas, aprender, casi no es nada. El adelanto se mide, no por lo que entra, sino por lo que sale de nosotros, por nuestras obras.

Estas academias resistieron los vientos helados del destierro. En Curía, algunas prosperaron mucho, pero ocasionaron la muerte de otras. Después del retorno al hogar, fueron apagándose poco a poco. Hoy día sólo quedan las cenizas; pero del rescoldo surgirá centelleante llamarada ante la nueva brisa que sopla.

La primera academia de ampliación fue la científica. Se organizó el 12 de Diciembre de 1918, bajo el patrocinio de San Juan Berchmans. Tenía sus leyes especiales y su junta. Sirvió de modelo para las que siguieron. Los miembros eran todos de sexto y elegidos por mayoría de votos. El fin era triple: primero, ampliar, por medio de conferencias y revistas, los estudios de segunda enseñanza; segundo, ejercitarse en el uso de la palabra; tercero, aprender a escribir. Los socios necesitaban sacar buenas notas. Las notas medias degradaban y reducían ipso facto a la condición de agregado; es decir, podía asistir a las sesiones, pero no participaba de la vida activa, de la biblioteca, de las excursiones...

El aprovechamiento era tangible. En Octubre de 1919 se organizó de manera análoga la academia de Historia y Geografía.

Estas academias eran algo secundario. No imponían un quehacer superior a las fuerzas físicas, intelectuales o morales del alumno. El primer deber era el estudio del programa. Si estas conferencias, encuestas..., impedían cumplirlo, era llevar mal camino pertenecer a dichas asociaciones. Estas academias eran para selectos y una consecuencia del principio de adaptación. La educación uniforme, el dirigismo integral es un fracaso. La educación dice flexibilidad, debe «inventarse de nuevo» para cada niño, para diversas edades evolutivas del mismo niño... Una vez más, los jesuitas saben enraizar sus métodos en la verdad psicológica del ser humano.

Detengámonos ante una figura egregia que prueba nuestro aserto. Me refiero a Don Angel Herrera, Obispo de Málaga. Su figura es demasiado conocida para intentar bosquejar en pocas líneas su vida repleta. El resurgir de la propaganda y prensa

católica española, tiene sus raíces más hondas en Don Angel Herrera. El P. Ayala S. J. fue el fundador de los propagandistas católicos; pero Don Angel Herrera, su brazo derecho. Fue alma y verbo de toda iniciativa católica hablada y escrita. «A través de «El Debate» y su «Editorial Católica», ha dirigido la conciencia católico-social de grandes masas nacionales y ha lanzado una legión de técnicos, en agencias y periodismo, imbuidos de espíritu católico.» («Vallisoletana», Marzo de 1943.) En 1943 fue honrado por la Iglesia elevándole a la Presidencia de la Junta Central de A. C. E., y en 1947, es elegido por Su Santidad para la Sede episcopal de Málaga. Don Angel Herrera había sido colegial de San José y pertenecido a una de esas academias, que le prepararon para las lides del futuro. El ensayo fue fecundo. El Colegio se honra con la gloria de su antiguo colegial.

EL DESPERTAR SOCIAL

Recreos y espíritu social

El hombre y, por ende, el niño, no sólo es un animal racional, sino también un animal social capaz de reír y hablar. El niño no puede vivir plenamente en sí y para sí, si se olvida de los demás. El replegarse vigoriza su «yo». La expansión hacia el exterior le reservará sorpresas agradables, que acrecentarán su deseo de vida colectiva y le librarán de aislamiento que seca. Descubrirá desemejanzas, que, por el mero hecho de ser obstáculos, le enriquecen al darle noción de su valer personal. La escuela nueva odia el grupo, exalta lo individual; el jesuita, sin olvidar lo último, recomienda al joven la mística del grupo, el espíritu del equipo. Perderse en el grupo no es empobrecerse allí aprenderá el espíritu de lealtad, de generosidad y de responsabilidad.

Este despertar social se palpa más en un internado que en un externado. Cuando el Colegio es mixto las diferencias entre alumnos internos y externos se hacen ostensibles. Los recreos, los deportes, son índice de ambas cosas. Del deporte pienso hablar en otra ocasión. El deporte siempre se ha estimado en el Colegio de San José; pero es evidente, que su valoración plena ha ocurrido muchos años después de su fundación, y después de la vuelta del destierro. Es una cosa reciente.

Frecuentemente, quien dice recreo, descanso, dice tiempo perdido. Sin embargo el recreo supone mucho para la alegría y el bienestar de Colegio. ¡Qué bien, hemos visto, lo sabía el Padre Guillén! La distribución del recreo es una distribución matemática, lo mismo que la del estudio. Evidentemente en los orígenes del Colegio la disciplina era más rígida, se daba menos importancia al recreo. Quizás, se olvidó algo el despertar social del niño. El recreo es un rehacer las fuerzas para un trabajo más fructífero. Es necesario desahogar los nervios y hace falta energía. El recreo proporciona ocasiones de amistad, antiguamente se permitían los corrillos de simples charlas, cosa detestable en la época del deporte.

Este deporte social entraña, no sólo el problema de recreo y trato entre los muchachos, sino el de la inquietud por el problema social. Los alumnos de San José pertenecían y pertenecen a diversas clases sociales. Hay niños bien, hay de campesino, de oficinista y, también, becarios procedentes de clase humilde. Ha sido el despertar social del joven quien ha captado esa diferencia social. Los grupos tienden, con frecuencia, a formarse dentro de su misma clase social. Siempre es así... Esa vivencia registrada por el joven ha sido vigorizada y encauzada por las actividades apostólicas de la Congregación Mariana del Colegio: visitas a hospitales, asistencia a pobres vergonzantes...

En la Academia de Ciencias floreció una sección dedicada a los estudios sociales, era la llamada «acción social». En ella se formaron sociólogos como Antonio Monedero, Ricardo Cortés, P. Sisinio Nevares, S. J.... La Confederación Nacional de Sindicatos Católicos, fue producto casi exclusivo de ex alumnos del Colegio de San José.

Discípulo del P. Vicent, S. J., fue Antonio Monedero. El inició, en colaboración con el P. Nevares, la creación de la Federación de Palencia, célula nutricia de las de Castilla, Extrema dura, Levante... Dé esta obra y para defenderla, salieron para actuar en política ex alumnos del Colegio, como José María Lamamié de Clairac, Villanueva... Todos ellos llevaron al campo el resurgir moral y económico.

La muerte de Ricardo Cortés, diputado de las Constituyentes, fue corona digna de su vida y virtudes evangélicas. Murió asesinado por los comunistas madrileños. Su vida dice ecuación a consagración por la causa social. Fue dirigente de la

Federación de Palencia, organizador de semanas sociales, planeador de amplios proyectos de industrialización agrícola en la cuenca del Duero. A su lado figuran Ambrosio Nevares, Cristóbal Fuentes, Juan Bautista Guerra, especialista en cuestiones económico trigueras, gran figura truncada en capullo.

Ligados a la Casa Social de Valladolid están los nombres del P. Nevares, S. J., y de Juan Duro, Presidente perpetuo de la Asociación de Antiguos Alumnos. Este último fundó el Sindicato Ferroviario, capaz de neutralizar las huelgas revolucionarias de 1917. Su influjo penetró en sectores mineros de Palencia y Asturias.

Todos estos sociólogos pertenecen a la generación de la época de la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII. Exponente inconsciente, si se quiere, de la profunda adhesión al Pontificado aprendida en las aulas del Colegio y eco fecundado del espíritu jesuítico. Esta floración cultural y social terminó en una estima honda y sincera hacia su Colegio de San José.

Los catedráticos de los centros oficiales cultivaron la amistad de eximios profesores del Colegio, visitaron sus laboratorios y acudieron a sus academias y conferencias. Resumen y crítica de su trabajo.

ESTAMPAS Y RECUERDOS

Siempre es grato echar una mirada al camino recorrido, recordar tiempos pasados. La evocación es un espejismo; nos acerca a nuestros años primeros y nos hace palpar nostalgia por los días de nuestra infancia, días llenos de egoísmo, pero también de inocencia y candor. Cansados de la vida, el recuerdo es un oasis placentero en medio de la fatiga. El acercamiento á la ingenua piedad infantil, que habla a Dios sencillamente, el recuerdo de años felices, salpicados de sueños e ilusiones, de aventuras y de revoluciones, de besos y pequeñas desobediencias, nos descubre, con harta frecuencia, que el pasado y más aún la religión primera continúa viviendo en nosotros, más o menos olvidadas bajo el polvo del tiempo. Así reconciliamos la vida madura con nuestro origen. Reconciliación distinta en cada caso. Así el recuerdo es, como para Rilke, «sangre, mirada y gesto». El olvido es fecundo cuando es siembra, y el recuerdo,

vida cuando dice nostalgia. ¿Por qué hacer del recuerdo un indeciso vivir de despojos?

La corza

En los primeros años, los colegiales tuvieron una mascota. Era un carnero. Les seguía a todas partes. Pronto desapareció. 1919. Nueva mascota. Es una corza. Procede de los Picos de Europa. Pelo fino castaño-grisáceo, orejitas tiesas, sin rabo... Le construyeron una casita de paja en el jardín. Iba a ser su morada. Hubo que enseñarla a andar. Durante quince días la alimentaron con biberón. Y así llegó el día del bautizo; el P. Valderrábano la acercó al estanque del jardín, un chapuzón litúrgico y con «Mimi» se quedó. Un día se cansó de leche. Aquel día su comida fue poética. Se alimentó de flores; podó los veinte rosales del jardín. Aquello disgustó al P. Valderrábano y la inocente corza fue encerrada; pero su prisión necesitaba poesía; como trovador medieval. En la prisión trabó amistad con, dos gatos. La amistad creció tanto que tomaban leche en el mismo plato. De allí la trasladaron a la vaquería del Colegio y allí fueron los gatitos. Dormía sobre el heno y compartía la comida con las vacas.

Antes de su prisión, cuando la llevaban al jardín se pasaba grandes ratos mirándose en el estanque. Sus ojos tristes semejaban evocar lagos cristalinos de montaña. Se encariñó con la gente, especialmente con los Padres. Los colegiales comentaban que le gustaba lo negro. Un día siguiendo al P. Valderrábano entró en la biblioteca, paseó su mirada escrutadora sobre los estantes de libros, y se salió como si hubiera hecho algo. A los colegiales les cogió miedo. La hacían dar muchas carreras; sin embargo, algunos días iba por medio de las filas hasta el mismo comedor.

Todo pasa en el mundo y lo contingente perece; también la pobre corza se transformó en simple historia, en letra más o menos muerta.

Plaga de caracoles

No sé lo que dirán las Ciencias Naturales; sólo sé que no sólo la langosta es temible. Los caracoles invadieron el jardín del Colegio y amenazaron comerse hasta las piedras de los macizos... Los colegiales estaban de vacaciones; sin embargo, no faltaban asiduos frecuentadores de los patios y, sobre todo, de la Capilla, donde ayudaban a Misa todas las mañanas. El P. Valderrábano intuyó una

solución, su problema estaba resuelto. Llamó a unos cuantos colegiales. La arenga fue breve pero eficaz: «un pirulí por cada docena de caracoles que cojáis». A los pocos días habían cogido 6:000 caracoles. ¿Es verdad?, ¿es mentira? No lo sé; pero los anales lo afirman. Otro galardón concedido a los cazadores de caracoles fue dedicarse a la pesca en el estanque del jardín. Pero la pesca tenía sus límites y condiciones. El único anzuelo era los cinco dedos de la mano. Los esfuerzos eran titánicos; el resultado, nulo. La sonrisa fresca de los pescadores dice que los pececillos se les escapan de las manos.

Navidades en el Colegio

La esencia siempre es eterna y las cosas tienen su esencia. La Navidad está dotada de un no sé qué indefinible que es eterno, porque radica en la misma entraña de Navidad. Pero también hay algo accidental que cambia con el tiempo. Solamente lo sustantivo es lo auténtico, mientras que lo adjetivo es un calificativo que puede estar ausente. El no pasar las Navidades en el Colegio ha robado muchos recuerdos gratos. Hubo tiempos en que las Navidades se pasaban en el Colegio. Entonces...

El severo estudio se convertía en sala de recreo. Los pupitres se corrían a ambos lados de la pared. Eso sólo, era ya de por sí un placer infinito. Se preparaban y ensayaban comedias, que luego se representaban en el pequeño teatro que se armaba en el salón de actos. La charanga despertaba a los colegiales para acudir a la Misa del Gallo. Con qué ilusión se abría el paquete con el aguinaldo que los papás enviaban. Era el recuerdo del sitio vacío en la mesa hogareña en aquellos días de recogimiento familiar... El comedor perdía su habitual seriedad; se hablaba, se reía y además... había menús extraordinarios. La casa entera reía. Fuera, nevaba.

Inocentes. Ansia de expectación. Un grito: «aquí está...» Había aparecido la clásica haba en el pan francés del desayuno. El poseedor reinaba de P. Rector sobre el Colegio. Se vestía de jesuita, daba el Deo Gracias en el comedor de los Padres y en el de los alumnos, presidía los actos oficiales. Los alumnos ofrecían su homenaje al nuevo P. Rector. El Rey de Inocentes daba el grito de «Olea» en el refectorio y conseguía alguna vacación para después de Navidades. Era un día feliz. La algarabía de la elección del P. Rector de Inocentes fue tal, que un año hubo de ser suspendida.

No era una práctica nueva. En plena Edad Media, el día de la Patrona de la Filosofía, Santa Catalina, la turba escolar elegía a tres camaradas que habían de desempeñar los papeles de abad y de sus dos asistentes. Después, el rito pasó a la fiesta de los Inocentes.

Día de Reyes: alegrías y sorpresas...

¡Navidades felices! Parecían un pedazo de cielo...

En medio de la albura de estos días, cabe un recuerdo para los lutos de Semana Santa. Hasta 1926 los alumnos no, iban a sus casas durante la Semana Santa. Los colegiales solían comprar la «semanilla», y asistían a los maitines, oficios..., de estos días juntamente con los Padres. Los externos debían asistir a ellos y el Colegio corporativamente visitaba los Monumentos de Jueves Santo.

1925. Los alumnos del Colegio de Vigo empiezan a ir á sus casas durante las vacaciones de Semana Santa. Al año siguiente, les imitan los del Colegio de San José de Valladolid.

Entre las Navidades felices y las sorpresas de Reyes, no podemos dejar de recordar alegrías traídas a la vida colegial por el P. Santos Hernández. Era Rector el P. Garnica. El P. Santos introdujo en el Colegio el juego de zancos, las bolas de madera y la lucha de escudos con pelotas. Este último juego apasionó a los colegiales que se dividieron en los bandos. Las luchas eran reñidas.

Pupitre modelo

Lo nuevo, verdad de Perogrullo, dice novedad y, por lo mismo, encierra en sí un magnetismo especial que atrae sin saber por qué. El modelo era nuevo en España. Reunía, en opinión de los contemporáneos, cuantas ventajas podían aportar los mejores del extranjero. El P. Pedro Basterra, siendo Rector del Colegio de Orduña, fue su ideador. La idea desembocó en realidad. El Colegio fue el primero en implantar el nuevo modelo. El P. Santa Anna introdujo algunas modificaciones en el pupitre del Colegio de San José. Sus rasgos generales eran: distancia vertical entre la mesa y el asiento, fija; distancia horizontal del borde anterior del asiento al plano vertical que pasa por el borde del asiento, nula. Era unipersonal y transformable en reclinatorio. El armazón es todo de madera de fresno. La construcción sólida. Los hay de diversos

tamaños para que la adaptación de la estatura de los alumnos sea lo más perfecta posible. Era mesa de trabajo y, a la vez, reclinatorio. El manejo para los cambios era sencillo. Estando el asiento levantado y la mesa en la ranura más baja, sirve de reclinatorio. Si el asiento está en posición normal y la mesa en la ranura más alta, se usa como pupitre. El respaldo está adaptado a la región renal, principalmente. La mesilla, movable verticalmente, consta de una parte horizontal y otra inclinada. La primera tiene una ranura para lapiceros y plumas, y otra para el tintero. La tapa de éste es de metal y se desliza entre dos guías para ocultar completamente el tintero. La parte inclinada cubre el cajón de los libros. Empujándola suavemente hacia arriba resbala y deja al descubierto la mitad de la caja.

La novedad también envejece, como todo en el mundo se cubre del albor blanco del tiempo. El pupitre, que un día fue modelo, hoy ha desaparecido del Colegio y no sabemos tan siquiera, o mejor, no queremos saberlo, que existió.

La clásica tortilla

Todo el artículo está entresacado de «Vallisoletana». Mens sana in corpore sano, decía la máxima latina y, ciertamente, la clásica tortilla era el mejor reconstituyente para lograr el corpore sano y de tal modo la apreciaban los colegiales, que por ella dieron tanta fama a este plato, que con el Hermano Zabaleta adquirió renombre no diríamos, en verdad, nacional, sino mundial. ¿Quién no saboreaba la tortilla Zabaleta? Así la describía con peculiar gracejo, un compañero cohermano del Colegio de Carrión, Jesús G. Robés.

«Era ésta una especie de bloque admirablemente fabricado, en el cual las patatas se entrelazaban de una manera sui géneris, penetrando por los intersticios de las mismas el huevo en estado semilíquido. Un jugo, que yo no acierto a expresar, daba al manjar de referencia cierto sabor típico, imposible de describir, no de entender, como no sea con un ejemplo práctico; es decir, comiéndose un pedazo de esa misma tortilla y volviéndose a la edad aquélla... que no volverá.

»Como lo primero me es absolutamente irrealizable porque no poseo el secreto culinario que para el caso se necesita, y como lo segundo es todavía más difícil que lo primero, me limito a hacer como pueda la descripción del plato del día.

»El espesor de la tortilla, si no recuerdo mal, era de unos dos o tres centímetros plus minusve. No era redonda sino ligeramente ovalada y venía de la cocina partida ya en trozos o sectores de figura rectangular sin que a primera vista se notase solución alguna de continuidad.

»Según opinión de algunos autores de mi tiempo, los trozos de la periferia de la tortilla, debido a la curvatura natural de ésta, eran de menores dimensiones que los del centro. No puedo responder, ni mucho menos, de esta teoría un poco apasionada; pero desde luego supongo que todos los autores estarán en conformidad en afirmar que la diferencia, caso de haberla, sería microscópica, aunque para el apetito de un alumno de segundo año pareciese gigantesca.

»Cuando había tortilla, se esparcía una suave fragancia por los ámbitos del refectorio y locales adyacentes. No se confundía con ninguna otra. Había, en aquellos tiempos, verdaderos especialistas en esto del olfateo. Yo conocí individuo que, al salir del estudio de la noche en dirección del comedor, conocía con toda seguridad si había o no tortilla aquel día.

»Se ponía ésta, por lo general, como segundo plato de la cena, aunque algunas veces, en días de vigilia, hacía también su aparición en la comida del mediodía.

»Reproduzcamos aquí algunas escenas relacionadas con el asunto que nos ocupa. En dirección al refectorio, camina la tercera división, en dos filas en el orden más completo. Se aproxima la hora de cenar y se han cerrado, por última vez durante el día, los libros de estudio. Delante mí va el amigo Canseco, y, un poco más allá, el camarada Rodríguez, los cuales a pesar de la vigilancia del P. Inspector, suelen a veces burlar el bloqueo, echando un parrafito sobre cualquier asunto de actualidad. -Oye Rodríguez -exclama Canseco a media voz-, ¿habrá hoy tortilla?- Rodríguez, ensanchando todo lo posible las ventanas nasales y moviendo la cabeza a uno y otro lado, como si se tratase de «tomar vientos», contesta a Canseco poniendo la mano delante de la boca a guisa de torna-voz: -Sí, hombre, sí; hoy toca tortilla, porque ayer pusieron arroz y anteayer carne con patatas. Hoy es seguro. Hay tortilla. Además, me lo da a mí la nariz desde que salí del estudio.

»-Chico -replica Canseco-, yo no me canso de comer tortilla. Anoche tuve un sueño delicioso; soñé que habían puesto la fuente a mi disposición y excuso decirte lo bien que lo pasé.

»-¡Canseco! -Se oye decir al P. Inspector-. Desde el estudio le vengo a Vd. observando y veo que charla Vd. más que una cotorra...- Este, afortunadamente, sale aquella vez libre y sin costas.

»La frasecita «sin tortilla», es de un efecto horrible sobre todo cuando va dirigida a uno como Canseco, capaz de comerse lo de tres. Contra esta clase de condenas no cabe recurso alguno. Son firmes. Bien es verdad que no se dictan más que en casos especiales y muy justificados. Trasladémonos al comedor a la hora de la cena. Llega por fin el momento del segundo plato, según había pronosticado el amigo Rodríguez, hace su aparición la tortilla. Los criados entran en el refectorio conduciendo en la mano izquierda sendas fuentes humeantes y provistos en la otra mano de la respectiva cuchara. Los sirvientes eran por lo general, vizcaínos, y apenas conocían el castellano. Vestían blusas largas, traían el pelo al rape, de facciones angulosas, ojos azules y cabeza redonda y pequeña. Así, al menos, eran los de mi tiempo. Tenían orden terminante de no hacer caso de palabras, gestos o muecas de los comensales y, en el cumplimiento de su obligación, son rápidos e inexorables. Desfilan por entre las mesas y manejando la cuchara con rapidez, van depositando en el plato de cada uno la porción correspondiente de tortilla sin extralimitarse en lo más mínimo.

»El alumno a quien corresponde uno de los trozos del contorno, suele protestar mímicamente, por creer que el área de aquél es más pequeña que la de los demás trozos del centro; pero la protesta es desestimada y el vizcaíno continúa su labor distribuidora sin hacer caso de reclamaciones de los Canseco y de los Rodríguez.

»Cuando éstos ven alejarse a los criados, suelen en son de despecho apostrofarles en voz apagada, dirigiéndoles en vascuence algún adjetivo poco cariñoso. Y ocasión ha habido también en que el pobre vizcaíno ha recibido por bajo de la mesa algún toque de atención en la espinilla, al cual ha contestado en la forma siguiente: -Si más patadas dar, yo al P. Rector decirlo.

»La tortilla desaparece del plato como por encanto.

»Se han dado casos originales en esto de querer conseguir del criado un suplemento a la ración ordinaria de tortilla. »-Échame el pico ése que sobra -dice al vizcaíno uno de los de la mesa. -No poder ser -replica aquél.

»En estos dimes y diretes (todos en voz muy bajita, por supuesto) el solicitante del suplemento ha acercado el plato al sirviente; éste se ha echado hacia atrás y al hacerlo así, ha resbalado en un fragmento de patata, cayéndose en el suelo con gran estrépito y haciéndose añicos la fuente contra el mármol de la mesa. El ruido fue tal que hasta el compañero encargado de la lectura suspendió ésta por un instante, creyendo tal vez que algo grave ocurría y grave fue en verdad para el solicitante de la parcela de la Tortilla.»

Historia de unas reliquias

No vamos a dar sino un breve resumen de una historia encontrada en la revista «Vallisoletana» en Enero de 1944. El artículo está firmado por el P. L. Fernández. Allí remitimos al lector de estas breves notas.

Herencia de sus albores posee el Colegio de San José un copioso relicario. No es necesario diseñar la capilla doméstica ni su altar mayor, demasiado conocido. Sin embargo, el altar mayor no es lo que parece. Tras las tablas, numerosos relicarios de polícroma gama de formas y tamaños. Todos ellos en plata. La arqueta que remata el altar, y dos relicarios, que le flanquean, guardan importantes reliquias. Debajo de la mesa del altar se veneran los restos de un mártir, niño de 14 años, llamado S. Celso. Los sagrados huesos están paliados con tela metálica, cubierta de fina gasa, simulando la figura de un joven durmiendo, vestido con rico uniforme de soldado romano. Fueron estas reliquias encontradas en el cementerio de S. Calepodio. ¿Cómo vinieron estas reliquias al Colegio? Fueron traídas por el P. Urráburu, siendo Rector del Colegio. Era el año 1889, en que asistió en Roma a la Congregación General de Procuradores de la Compañía de Jesús, como Procurador de su Provincia de Castilla. Se conserva la auténtica, fechada el 29 de Junio de 1892 y firmada por el Excmo. Sr. D. Antonio María Cascajares, Arzobispo de Valladolid; se conserva en el archivo del Colegio la primera auténtica dada a favor de la reliquia de S. Celso. Es un documento en pergamino policromado. Lleva el escudo del Papa Benedicto XIV y una

delicada orla de estilo barroco. Está fechado en 1743. En él consta que el primer dueño de la reliquia fue el Marqués de Bandetille, Don Eduardo Silva, de cuyos herederos, siglo y medio más tarde, pasaron a manos del P. Urráburu, que las trajo a su querido Colegio.

Más escasos y menos seguros son los datos que poseemos acerca del cuerpo de S. Feliciano. Los restos del mártir se hallan depositados en una urna en la capilla de las Congregaciones. Llegaron al Colegio antes que los de S. Celso, pero no podemos precisar la fecha. Los venerados huesos del mártir se hallan, recubiertos de cera. Representa la figura de un joven con uniforme militar. El origen de esta preciada reliquia está envuelto en neblinas de interrogante. Una auténtica del Excelentísimo Sr. Cascajares, Arzobispo de Valladolid, nos asegura de su existencia en 1892. Parece que a Valladolid vino procedente de León; probablemente, del antiguo Colegio de S. Marcos. Colegio Máximo de la antigua Provincia jesuítica de España desde 18,59 hasta la revolución del 68. Ignoramos quién trajo de León estas reliquias. Durante la tormenta de 1932, las reliquias, de S. Feliciano descansaron en el oratorio particular de D. José María González de Echávarri. Ante ellas oró el alma angelical y purificada por el sufrimiento, que fue Jesús G. de Echávarri. Los restos de S. Celso fueron venerados en el altar de la capilla pública de la «Granja Conchita», propiedad de D. Luis Martín A. de Calero.

Las revistas

Varias son las revistas editadas en el Colegio a través de su existencia. La principal, en torno a la cual giran las demás, es «Vallisoletana». «Vallisoletana» es el archivo sentimental y documental de los alumnos y ex alumnos del Colegio. Recoge la tradición literaria, cultural, deportiva e informativa. «Vallisoletana» ha contado con 'firmas tan autorizadas como las de los PP. Olmedo, Eguía, Rey, Fernández, Lomana... El futuro investigador de la moderna poesía tendrá que ojear, sin duda alguna, las páginas de «Vallisoletana» para dar las primicias en verso de poetas como M. Abril, D. Ridruejo, Lope Mateo, López Anglada..., todos ellos antiguos alumnos. «Vallisoletana» es el venero del cual han salido estas cuartillas. Es el mejor archivo de información del Colegio de San José. La vida toda del Colegio con primaveral gama de aspectos, está conservada allí. Nació «Vallisoletana» en Febrero de 1919 como

retoño del añoso tronco «Páginas Escolares», que desde Gijón fue muchos años, desde 1904, órgano de todos los Colegios de los jesuitas en España. El P. Santa Anna, cuyo Rectorado fue tan pródigo en reformas, le dio vida y orientación peculiar. Sería la revista del Colegio y, a la vez, sustituiría al Boletín de antiguos alumnos, editado durante el Rectorado del P. Ansoleaga.

Todas las cosas humanas mueren, cambian con el tiempo. Eso ha ocurrido a «Vallisoletana». La transformación y evolución han dejado huellas en sus páginas. La «Vallisoletana» de 1955 no es idéntica a la de 1919. Esta resultaría demasiado seria a los lectores de hoy. Era «el lazo de unión y el reflejo de la vida religiosa, intelectual y moral de las entidades que integran el Colegio, profesores e inspectores, antiguos y actuales colegiales». Así rezaba el artículo de presentación de la revista. Así continuó hasta 1931. Pero sin exclusivismos. «Vallisoletana», nunca ha sido un círculo en el que el comienzo y el fin se confunden. Nunca ha sido un punto inextenso. Ha sido horizonte abierto. Se introdujeron variantes: sección de misiones; cuando se firmó el tratado de Letrán, se dedicó un número al Papa, y otro a la memoria de S. M. la Reina Madre, María Cristina.

El 15 de Junio de 1927 aparece el primer número de una simpática revista veraniega: «Costas y llanuras». Era quincenal. Su vida fue fecunda... En nuestros días continúa. Cambió en nombre; no importa. Su espíritu es el mismo. Ahora se llama «Vacaciones». He aquí cómo se definía a sí misma: «Vallisoletana» es un águila poderosa y adulta, «Costas y llanuras» es una mariposa débil y niña, pero que de cortos en cortos vuelos ha girado por los llanos del interior y por los pinares y playas de la costa.» Se publicaron 17 números en tres veranos. Su fin era unir a los colegiales entre sí y con el Colegio los meses de verano. Como «Vacaciones» ahora.

Clausurado el Colegio y trasladado a Portugal, «Vallisoletana» no murió. Siguió publicándose hasta 1935. Fueron años azarosos. Y «Vallisoletana» sufrió los vendavales revolucionarios. En Curia apareció otra revista más ligera, más movida, adaptada a las circunstancias de desterrados de la Patria. «Nuevos jóvenes» era una hoja de información, heraldo del Colegio en los azarosos tiempos porque pasó. Fue el órgano oficial de los Colegios de Valladolid y Vigo. Se publicó hasta 1942. En sus últimos años era exclusivamente revista del

Colegio de Valladolid. En 1942 resucitó «Vallisoletana». Su vida era nueva. Venía más ágil, más moderna, con noble afán de superarse a sí misma y contribuir al florecimiento del Colegio. Acepta todo lo que conduzca a la plenitud de la vida. Esa ha sido siempre la trayectoria de su vida.

Noticias

El 30 de Octubre de 1902 vino al Colegio Raniero de Borbón. A los siete meses, después de examinarse, ingresó en la Academia Militar.

El primer año de nuestro siglo se presenta agitado por aires de Fronda que rozan, siquiera sea de refilón, al Colegio de San José. Febrero de 1901. Las masas estudiantiles universitarias, soliviantadas por propagandas subversivas, pretenden repetir en Valladolid los motines que han tenido lugar en otras provincias. La ocasión fue la representación de «Electra», el tristemente célebre drama de Pérez Galdós. Lluvia de piedras contra puertas y ventanas de la fachada del Colegio, gritos, imprecaciones... La autoridad civil calla. Durante ocho días, Guardias Civiles no tanto por la gravedad del peligro, cuanto por las peticiones hechas al Gobernador por las familias de los alumnos, custodian el Colegio. En el mes de Abril y en otras dos ocasiones más, se temieron idénticos desórdenes.

En el invierno de 1898 también se habían temido perturbaciones. La causa fue el hambre que reinó en Valladolid. El Gobernador persuadió a las turbas que no molestasen al Colegio.

Los buenos tampoco duermen. Se llenan pliegos de firmas dirigidos al Gobierno y a la Regente, protestando contra el atropello y pidiendo justa defensa.

Resumen

El carácter dominante de esta primera etapa de la vida del Colegio es: escolares y maestros luchan en un asedio constante a la fortaleza del saber, unos esforzándose por asaltarla con ardor juvenil; otros, empujándoles a ello con sus enseñanzas, con sus consejos y, también, con sus métodos pedagógicos. En las otras etapas de la vida del Colegio de San José, se tendrá más presente que el hombre vive aquí su experiencia, su lucha, pero no agota en la tierra su destino. Su destino individual, es

VELASCO, E. (1956) Historia del Colegio San José (1881-1956)

transcendental; pero, su destino no es sólo individual, el individualismo mutila al hombre, sino también social.

Estos caracteres no son exclusivos de una u otra etapa; en todas las épocas de la existencia del Colegio se fusionan, dominando un matiz u otro sobre los demás, como en primavera domina un color sobre otro dentro de la misma gama.